

Selección TERROR

ANGELES DE ALAS NEGRAS

Clark Carrados



SELECCION TERROR

CLARK CARRADOS

ANGELES DE ALAS NEGRAS

Colección
SELECCION TERROR n° 505
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

500 — La casa de las arañas, Clark Carrados.

501 — La elegida de Satán, Joseph Berna
502 — La llave del infierno, Adam Surray
503 — La tumba del diablo, Clark Carrados
504 — Dominadas por el pánico, Ada Coretti

ISBN 84 02 025064
Depósito legal: B 31.566 - 1982

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición: noviembre - 1982
2ª edición en América: mayo - 1983

Impreso en los talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-182, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Era un hombre grueso, de rostro sanguíneo y ojos pequeños, pero muy perspicaces. Apenas entró en el edificio, captó la figura de una sirvienta que se movía con andares casi felinos. Morena, esbelta, de curvas firmes y mirada ardiente. Ross Lane empezó a relamerse por anticipado. Aquella criada acababa aquella noche en su cama o dejaba de ser quien era.

—El señor, sin duda, querrá pasar la noche en el parador

—dijo el que parecía ser encargado de la recepción.

—Si no hay demasiados inconvenientes... —rió Lane.

—Estamos a su disposición, señor. ¿Quiere firmar, por favor? Soy Wooley director de esta casa. Mi nombre es Félix. Puede llamarme así, si lo desea, señor...

Wooley vio el nombre que el viajero había escrito en el libro y, sonriendo, añadió:

—Señor Lane.

—Así me llamo, en efecto — contestó el viajero, muy satisfecho.

Volvió a mirar a la doncella, que desaparecía en aquel momento por el otro lado del vestíbulo. En el mismo instante, Lane vio descender del primer piso a una hermosa joven.

—¿Quién es? — bisbiseó.

—Gwen Arrowsmith, la dueña, señor —contestó Wooley. Lane hizo una mueca.

—Está muy delgada, muy pálida...

—Sufrió una larga y penosa enfermedad no hace mucho y aún no se ha repuesto —

explicó Wooley cortésmente.

—Ah —dijo Lane.

La joven hizo una ligera inclinación de cabeza al pasar por delante del mostrador.

—Voy a pasear un poco. Félix —manifestó.

—Muy bien, señorita —respondió el empleado.

Gwen cruzó la puerta principal y salió al exterior. Otra joven se hizo visible en aquel instante, alta, rubia, de senos rotundos y caderas opulentas.

—Jenny, lleva el equipaje del señor a la habitación número cuatro — ordenó Wooley.

—Muy bien, señor; al momento...

Lane había llegado solamente con una cartera de negocios y un pequeño maletín. Miró a Wooley y sonrió de un modo muy especial.

—Félix, empiezo a sospechar que he sido un hombre afortunado al hospedarme aquí—dijo.

—El señor tiene toda la razón del mundo —contestó Wooley

sonriendo. Jenny se hizo cargo del equipaje.
—Por aquí, señor —indicó.
—Sí, ahora mismo... Ah, Félix —exclamó Lane—. Mañana vendrá un amigo a reunirse conmigo, para hablar de negocios, el señor Dahlgren. Avíseme inmediatamente, en cuanto llegue.
—Así lo haremos, señor.
Otra hermosa mujer apareció en aquel instante. La primera era morena. Jenny era rubia. La tercera era pelirroja y tenía un cuerpo asimismo lleno de atractivos.
—Oiga —rió Lane—, este lugar tiene bien merecido su nombre. Estas chicas son verdaderos ángeles...
—Son seres de carne y hueso, señor —contestó Wooley significativamente.
—Si, lo estoy viendo.
Ahora Lane no sabía cuál elegir, en el caso de que alguna de aquellas sirvientas accediera a sus pretensiones. ¿La rubia, la morena o la pelirroja?
¿Para qué molestarse en la elección? Cualquiera de ellas era lo suficientemente hermosa como para no tener problemas en determinados aspectos...
—Vamos, Jenny —dijo.
—Sí, señor.
Jenny le acompañó hasta el primer piso y abrió la puerta de la habitación que le habían asignado.
—Aquí es, señor.
Lane sacó un billete de una libra.
—Jenny...
—¿Señor?
—¿Se siente contenta de trabajar aquí?
—Sí, señor, mucho: me gusta el empleo...
—Pero, a veces, supongo, no le desagradará conseguir unos ingresos suplementarios. Jenny sonrió.
—ti señor está insinuando que debo ir a su habitación esta noche —dijo.
—Admiro tu perspicacia —rió Lane. Jenny le guiñó un ojo.
—A las diez, señor.
Hizo una genuflexión y se retiró.
Lane quedó solo en la habitación, que le pareció agradable y cómoda. Se quitó la chaqueta, que lanzó sobre la cama, y luego puso el maletín de negocios encima de una consola.
Levantó la tapa. El maletín estaba lleno de billetes de Banco.
—Si ese tipo trae la mercancía... —masculló.
Lane ignoraba que, en aquellos momentos, estaba siendo observado a través de un diminuto orificio, practicado en una de las paredes.

Rebecca, la pelirroja vio lo que había en el maletín y abandonó inmediatamente el observatorio.
Bajó al vestíbulo. Wooley estaba en su despacho.
—Hay montones de «pasta», Félix —dijo.
—¿Cuánto calculas, Rebecca?
—Entre cuarenta y cincuenta mil.
—Bien, es una excelente noticia. Deja el resto en mis manos... y el cuerpo de Jenny.
—¿Se le ha insinuado ya? —rió Rebecca.
—Esta noche irá a su habitación. A las diez.
—No ha perdido el tiempo, parece.
—Lane es de los tipos que no se andan con rodeos. Mejor para nosotros. Rebecca.
—Creo que tiene que reunirse con alguien aquí, mañana.
—Si, un tal Dahlgren. Yo me ocuparé de él, no te preocupes.
—¿Algo más, Félix?
—Atiende bien a Gwen, eso es todo. Rebecca frunció el ceño.
—Esa chica me preocupa —dijo.
—No hay motivos. La tengo en un puño y hará todo lo que le digamos. Anda, ve a servirle el té.
—Sí. Félix.
Wooley estaba sentado ante su mesa de despacho, con el libro de registro en la mano. Pero no era el que había firmado el viajero.
Era otro libro idéntico, pero distinto y en él no figuraba para nada el nombre de Ross
Lane.

* * *

A las diez de la noche, sonaron unos ligeros golpecitos en la puerta de la habitación. Lane corrió a abrir.
—Entra, precios... Calló bruscamente. Aquella joven no era la opulenta pelirroja.
—¿Qué quiere usted? —preguntó.
Gwen entró, cerró la puerta y se puso un dedo en los labios.
—No levante la voz —susurró —. Señor Lane, voy a darle un consejo. Su vida corre grave peligro. Márchese inmediatamente. Por lo que más quiera, váyase antes de que sea demasiado tarde.
—Pero ¿que está diciendo? No puedo irme; he de encontrarme mañana sin falta con un amigo, para un importante asunto de negocios...
—Ningún negocio es más importante que la propia vida
—dijo ella vivamente—. Haga lo que le digo, por favor...
Lane dio media vuelta y fue a su maletín, del que sacó un revólver de

cañón corto.
—Tengo una buena protección —dijo, ufano—. No se atreverán a tocarme un solo cabello... —de pronto, se echó a reír, a la vez que se pasaba la mano izquierda por el cráneo casi completamente mondo—. Bueno, la verdad es que ya casi no tengo pelo. Pero usted me ha comprendido, ¿no es cierto?
—Sí. De todas formas, ese revólver no le servirá...
— Señorita Arrowsmith, usted ha estado enferma, ¿verdad?
—No era una enfermedad mental —alegró Gwen.
—Las enfermedades que duran mucho, a veces dejan secuelas en la mente. Váyase, por favor. Deje que sea yo quien se ocupe de mis propios asuntos, ¿entendido?
Ella le dirigió una mirada llena de desesperación.
—Está bien. Cuando llegue su último momento, recuerde que se lo advertí —contestó. Abrió la puerta y desapareció, convertida en una silueta espectral. Lane soltó una interjección a media voz.
—Esa chica está chiflada —rezongó — . Ha querido gastarme una broma pesada... De pronto, llamaron a la puerta. Volvió a abrir.
Jenny apareció, con una bandeja en las manos.
—Lista, señor —dijo, sonriendo ardientemente. Lane la agarró por un brazo.
—Entra, guapa —invitó—. Tengo que preguntarte una cosa.
—Sí, señor. ¿De qué se trata?
—Esa rubia que parece medio muerta... La dueña del parador, ya sabes.
—Ah, pobre mujer... No está muy bien de la cabeza. La enfermedad afectó un poco a su cerebro y los médicos dudan de que pueda reponerse algún día.
—Entonces, ¿por qué no la internan en un sanatorio?
—Bueno, el señor Wooley era el mayordomo de la familia y la aprecia muchísimo. Ella está ahora sola en el mundo y no quiere enviarla a un lugar donde, seguramente, acabarla por volverse loca de remate.
—Sí, comprendo. Bueno, de todas formas, no vale la pena preocuparse... Oye, has traído una botella y dos copas...
Jenny sonrió y le guiñó un ojo.
—Es el complemento adecuado para una agradable conversación —contestó.
Lane fue hacia ella, la abrazó fuertemente y luego empezó a recorrer con sus manos aquel cuerpo tan bien formado.
—Nena, me parece que tú y yo vamos a hablar muy poco
—dijo roncamente.
—En eso estoy de acuerdo, pero ¿por qué no tomamos una copa primero? Una súbita desconfianza nació de pronto en la mente del huésped.

—Beberemos juntos, ¿eh?
—Claro, cariñito...
Jenny destapó la botella y llenó las copas. Sonriendo, aguardó a que Lane eligiera una. Luego, ella agarró la otra y despachó su contenido de un trago.
—Ahora me sentaré y dejaré pasar un rato, para que veas que no hay ningún veneno —dijo.
Lane meneó la cabeza.
—No, no lo hay —convino. Y vació su copa.
Luego fue hacia ella y la abrazó ardorosamente. Jenny correspondió a sus caricias. Gruñendo como un animal en celo. Lane la arrastró hacia la cama. De repente, sintió que le flaqueaban las piernas.
—¿Qué me pasa...? —gimió, sintiéndose impotente para permanecer en pie. Cayó de rodillas, al pie de la cama, y se agarró a la colcha con manos crispadas.
—Jenny..., ¿qué me habéis hecho? No..., no había veneno en el coñac...
—No —contestó ella—. El veneno estaba en la cena.
Lane volvió la mirada. A través de una niebla que se espesaba con gran rapidez, pudo ver el rostro de Jenny, en el que lucía lo que le pareció la sonrisa de un demonio.
—El... veneno... en la cena... —repitió, con dificultoso tartamudeo.
—Si —contesto ella, impasible.
Lane hizo un esfuerzo y sacó el revólver.
—Al menos, no... me iré solo... al otro mundo...
—Es inútil, está descargado —dijo ella con espantosa frialdad.
Un espantoso ronquido brotó de la garganta de Lane. Trató de alzar la mano, pero ya no tenía fuerzas.
Lentamente, cayó a un lado y se agitó con fuertes convulsiones. Pero no tardó mucho en quedarse quieto.
En el último instante de su existencia, se dijo que el consejo de Gwen habría resultado perfectamente inútil, caso de haberlo seguido.

CAPÍTULO II

Saltó al suelo desde la cabina del camión y agitó una mano hacia el conductor.
—Gracias por el viaje, amigo —dijo.
—No hay de qué, camarada —respondió el camionero—. Sólo siento no poder llevarle más lejos, muchacho.
—Tengo buenas piernas —rió el viajero.
El equipaje del viajero consistía en una deslucida bolsa de lona, que contenía sus escasas pertenencias. Francis X. Rasselar agarró la bolsa, la colgó del hombro y echó a andar hacia el pueblo que se veía desde la bifurcación, a media milla escasa.
Metió la mano en el bolsillo y meneó la cabeza con aire pesimista. Si no conseguía empleo, lo iba a pasar muy mal, se dijo. Todo su capital consistía en aquellos momentos en la nada elevada suma de dos chelines y cinco peniques. Apenas para tomar un par de bocadillos y una cerveza. Y después...
—La nada — filosofó.
Era joven y no le arredraban las dificultades. Si no encontraba trabajo en El Parador de los Ángeles, ya hallaría empleo en otra parte. El buen tiempo se acercaba y con él la época de la recolección. Tenía brazos fuertes y una salud de hierro. Tal vez algún campesino necesitaba un peón para una temporada de mucho trabajo en su granja.
Poco después, llegaba a Bathermane. Vio la muestra de una taberna y la boca se le hizo agua, pensando en una buena jarra de cerveza. Ya hacía algo de calor y el ejercicio había aumentado su temperatura corporal.
Decidió arriesgar unos peniques y entró en la taberna. Una rolliza joven, muy rubia, blanca y pecosa, le atendió de inmediato.
—¿Señor?
—Cerveza, por favor.
—Al momento, señor.
Rasselar bebió con infinito placer. A! terminar, pidió el importe y sacó las monedas de su bolsillo. Luego hizo una pregunta:
—Dígame, por favor, ¿queda muy lejos El Parador de los Angeles?
—Salga del pueblo hacia el Norte. A unos cien pasos, encontrará un camino que pasa al otro lado de una loma. El parador está a media milla.
—Gracias, señorita.
La chica le miró con curiosidad.
—Es un lugar muy caro —dijo—. Si piensa hospedarse, aquí, en Bathermane. hay una posada mucho más barata...
Rasselar soltó una amarga risita.

—No podría pagar ni siquiera el precio de una noche al aire libre —contestó—. Necesitan un empleado y quiero conseguir el puesto.
—Ah... Le deseo mucha suerte, señor. El paro, hoy día, es una plaga.
—Usted lo ha dicho, señorita. Adiós.
Rasselar cargó de nuevo con la bolsa y salió a la calle. No tardó en hallar la desviación indicada y la siguió puntualmente. Cinco minutos más tarde, avistó el punto de destino.
Era un lugar muy agradable, rodeado de árboles y con un pequeño lago en las inmediaciones, alimentado por las aguas de un arroyo que corría entre álamos y sauces. La casa, sin embargo, le pareció muy vieja, de un estilo indefinido, aunque no desagradable del todo.
Siguió andando. Cuando estaba a cincuenta pasos, le adelantó un coche, que se detuvo a poco ante la puerta principal.
Rasselar vio apearse un individuo alto, fornido, elegantemente vestido, el cual se metió de inmediato en el parador. Momentos después, cruzaba la puerta del edificio.
El viajero estaba hablando ante el mostrador con un hombre de elevada estatura y rostro afilado, en el que se vela una cortés sonrisa.
—Lo siento muchísimo, señor —decía el empleado en aquellos instantes—. No tenemos la menor noticia de un caballero llamado Lane.
—Pero... estábamos citados aquí... —exclamó el viajero—. El me prometió solemnemente...
—Si el señor duda de mi palabra, puede examinar el libro de registro —dijo Wooley.
—No, no hace falta —contestó el viajero de mal talante.
—Es posible que el señor Lane llegue hoy... Si lo desea, puedo darle una habitación...
—Está bien, esperaré a ese hombre de tan poca palabra. Pero tendrá que oírme... A propósito, soy Jim Dahlgren.
—Encantado, señor. Mi nombre es Félix Wooley, pero puede llamarme Félix. Le daré la habitación número tres, una de las mejores del establecimiento.
Wooley tocó el timbre de percusión. Una hermosa morena apareció en el acto.
—Nita, acompaña al señor Dahlgren a la habitación número cuatro —ordenó Wooley. Nita dobló ligeramente las rodillas.
—Sí, señor... Por aquí, señor, tenga la bondad.
Dahlgren echó a andar tras la morena, refunfuñando entre dientes de la falta de palabra de algunas personas. Wooley se fijó muy especialmente en el pequeño maletín que el viajero llevaba en la mano izquierda y del que no se había desprendido un solo instante.
Al cabo de unos segundos volvió la vista hacia el otro hombre que aguardaba en el umbral y arrugó la nariz con un gesto de desagrado

al ver su aspecto nada próspero.
—¿Desea algo, muchacho? —preguntó fríamente.
—Ustedes han publicado un anuncio, pidiendo un peón para todo —contestó Rasselar—. ¿Está libre el empleo todavía?
Wooley salió del mostrador y dio una vuelta en torno al joven. Rasselar soportó impasible el escrutinio.
Terminada la vuelta, Wooley se situó frente al joven, con las manos a la espalda y los pies ligeramente separados.
—¿Nombre?
—Francis X. Rasselar, señor.
—¿Edad?
—Próximo a cumplir los treinta...
—Salud, excelente, veo.
—En efecto, señor; desde el sarampión, no he vuelto a padecer ni siquiera un resfriado. Mi dentadura está intacta...
—Parece que tiene buenos músculos.
—Sí, señor; suelo hacer ejercicio con frecuencia. El trabajo no me asusta; me asustan las telarañas en el estómago.
Rasselar no pareció sentirse impresionado por el humorismo de la respuesta.
—F. X., su trabajo consistirá en mantener limpio el jardín y realizar las tareas más duras que no pueden ser encomendadas a las doncellas de la servidumbre. También tendrá que ir al pueblo a buscar provisiones, cuando sea necesario, y hasta, en ocasiones, atender a la limpieza de las habitaciones. En general, hará cuanto se le ordene.
—Sí, señor.
—Treinta libras semanales, comida y alojamiento.
—Sí, señor.
—Una advertencia, F. X. En esta casa hay una norma que no puede ser quebrantada bajo ningún concepto —dijo Wooley severamente — . Me refiero a la discreción. Jamás comentará, ni siquiera con el personal de servicio, nada de lo que suceda aquí, sea lo que sea. Por supuesto, no nos dedicamos a actividades delictivas ni muchísimo menos, pero no nos gustan los cotilleos. Ver, oír y callar. ¿Lo ha entendido?
—Desde luego, señor, y le estoy muy agradecido...
Wooley levantó una mano.
Sígame, le enseñare su alojamiento.
Wooley echó a andar y el joven caminó detrás de él. Cruzaron el edificio, salieron fuera y Wooley señaló un cobertizo situado a unos cuarenta pasos de distancia.
—Hay allí muebles y un pequeño servicio. Si le necesitamos, oirá un timbrazo y tres caso de que se trate de algo urgente. ¿Entendido?
—Sí, señor.

Wooley hizo un amplio ademán.
—Empiece a limpiar y desbrozar inmediatamente —ordenó—. Comerá en la cocina, pero separado de las sirvientas. Son todas jóvenes y bonitas, pero no toleraré devaneos ni amoríos. Le despediría en el acto, F. X.
—Descuide, señor; mi interés se centra en mantener el empleo y tratar de ganarme el salario de la mejor manera posible —contestó Rasselar.
—Eso espero, F. X. Ah. otra cosa; no entre en el parador, me refiero a la parte destinada a los viajeros, a menos que se le ordene expresamente, nunca por propia voluntad.
—Sí, señor.
—Eso es todo.
Wooley se marchó. Rasselar quedó en el umbral, rascándose la cabeza con aire perplejo.
El empleo no le gustaba mucho, pero tenía ciertas ventajas, una de ellas y no precisamente la menor, era la vida prácticamente al aire libre que haría casi constantemente. Era un trabajo de clase inferior, si se quería, pero aún era peor irse a la cama con el estómago vacío.
Si conseguía durar un año, podría ahorrar prácticamente todo su salario. Lo cual venia a significar casi mil quinientas libras, descontando algún dinero para reponer ropa personal. No fumaba y podía pasar aquel plazo apretándose el cinturón en el sentido económico. Después...
Era optimista y pensaba en un futuro mucho mejor, aunque sabía que no sería fácil.
Caminó hacia el cobertizo, abrió la puerta y tiró la bolsa encima de la cama. Al lado había un pequeño barracón en el que supuso encontraría herramientas de trabajo. Era preciso poner manos a la obra inmediatamente.

* * *

El sol calentaba de firme. Rasselar había encontrado un viejo sombrero de fibra en el barracón de las herramientas y se lo había puesto, mientras extirpaba las malas hierbas de un macizo de flores, que aparecía muy descuidado. Luego tendría que ahuecar la tierra con una azada...
De pronto, vio a una joven que venía en su dirección.
Era alta, de cabellos rubios, un tanto oscuros, y silueta bien delgada, aunque no por ello se dejaba de apreciar una figura muy bien formada. El rostro de la joven le pareció conocido.
Ella le vio de pronto y se detuvo a pocos pasos de distancia.
—¿Es usted el nuevo empleado? —preguntó.

Rasselar contuvo el aliento. Era increíble, se dijo. Había transcurrido poco más de un año, desde la última vez que viera a aquella hermosa muchacha, en circunstancias realmente excepcionales... «Ultima vez y también la primera», se corrigió a sí mismo.

Ella, en cambio, no había dado muestras de reconocerle. Rasselar se acordó en aquel momento de las estrictas recomendaciones de Wooley. La discreción absoluta era la norma básica del establecimiento.

De todas formas, le parecía imposible que ella no le hubiese reconocido, pensó, mientras se descubría cortésmente.

—Sí, señorita —contestó—. He sido contratado hace poco...

—Soy Gwendolyne Arrowsmith, propietaria del parador. Celebro conocerle, señor...

—Francis, señorita, ése es mi nombre.

—Muy bien, Francis. Deseo que su estancia resulte agradable entre nosotros.

—Es usted muy amable, señorita.

Gwen hizo una ligera inclinación de cabeza y se marchó. Rasselar se preguntó por qué, viviendo en un lugar tan sano, tenía ella la cara tan blanca.

«Habrá estado enferma», supuso.

Maquinalmente se pasó una mano por el mentón. Entonces comprendió por qué ella no había sabido reconocerle.

Un año atrás, él usaba los cabellos largos y una frondosa barba, de casi veinte centímetros de longitud. Parecía un santón hindú o un eremita de la Edad Media. Pero se había recortado el pelo y afeitado el rostro por completo. A la gente no le gusta ver a jóvenes barbudos y melenudos cuando se trataba de pedir trabajo.

Sonrió para sus adentros. Ya llegaría el momento de recordar a Gwen su antiguo conocimiento. Sobre todo, porque aquella hermosa muchacha estaba viva gracias a él.

Continuó trabajando. De pronto, oyó un agudo silbido.

Una joven pelirroja agitó la mano desde la puerta del edificio.

—Eh, tú, ¿quieres una taza de té?

—Se agradece, pero...

—Vamos, deja la tarea unos minutos. No pasará nada si te tomas un descanso.

—¿Por qué no me trae aquí el té? Tengo instrucciones muy precisas del señor Wooley...

La pelirroja se echó a reír.

—También yo las tengo, pero eso no debe ser obstáculo para que aprendamos a conocernos. Me llamo Rebecca. ¿Y tú?

—Francis X. Rasselar...

—Está bien, F. X., ahora te traeré el té.

Rebecca desapareció en la casa, para volver a hacerse visible unos momentos después. Llegó junto al joven, con la taza y el plato, que le entregó de inmediato, y le dirigió una mirada escrutadora.
—¿Soltero. F. X.?
—Así es, Rebecca. ¿Y tú?
—También —dijo ella con una risita—. ¿Conoces a las otras?
—Todavía no las he visto...
—Se llaman Nita y Jenny. Nita es morena, Jenny rubia y yo —Rebecca se atusó el pelo, para hacer resaltar las protuberancias del pecho—. Pelirroja, como puedes apreciar.
Rasselar tomó el té y devolvió los utensilios a la joven.
—Gracias. Rebecca —sonrió.
—Celebro tenerte con nosotros. Nos veremos luego, a la hora de la cena.
—El jefe ha dicho que no debo tener contacto con el resto de la servidumbre —alegó él.
Rebecca soltó una risa.
—Se refería a... otra clase de contactos —contestó.
Dio media vuelta y se alejó, con gran contoneo de caderas, deliberadamente provocativa.
Rasselar meneó la cabeza. Había encontrado un buen empleo y no estaba dispuesto a perderlo, por culpa de una pelirroja de temperamento ardiente. Un año, sólo un año en Bathermane era cuanto necesitaba, se dijo, proponiéndose llegar como fuera al término del plazo que se había señalado a sí mismo.

CAPÍTULO III

A las siete y media de la tarde, Jim Dahlgren se acercó a la recepción y emitió un gruñido, mientras golpeaba impaciente el timbre de percusión. Nita apareció a los pocos momentos.

—¿Señor?

—¿Dónde está Félix? —preguntó Dahlgren de mal talante.

—Lo siento, señor: ha salido... Si puedo serle útil en algo.

—El señor Lane no ha venido, en contra de lo que yo esperaba. De todas maneras, pasaré aquí la noche. Es lo máximo que puedo concederle.

—Sí, señor, como guste el señor...

—Haga el favor de subirme la cena a mi habitación.

—Como usted guste, señor.

Lanzando mil maldiciones contra el hombre de poca palabra que no había acudido al parador en todo el día, Dahlgren subió a su habitación.

El maletín estaba sobre una consola. Dahlgren se abrió la chaqueta y soltó del cinturón una bolsita de piel que había llevado consigo todo el día.

Abrió la bolsita y volcó sobre la consola su contenido. Una catarata de cristales, que despedían vivísimos destellos de todos los colores, apareció de inmediato ante sus ojos.

Otros ojos le espiaban sin que se diera cuenta. Jenny divisó el montoncito de piedras preciosas y creyó que perdía el aliento.

Inmediatamente, se apartó del observatorio. Félix tenía que saberlo, se dijo. Echó a correr. Rebecca se tropezó con ella.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—¿Dónde está él? Rebecca movió la cabeza.

—Ahí, con esa demente...

—Tengo que hablarle en seguida. He visto algo muy interesante.

—A Félix no le gustaría que le interrumpieras —dijo la pelirroja. Jenny sonrió de un modo especial.

—Puede que tengas razón —convino—. Podríamos hacerlo en beneficio de nosotras mismas.

—¿De qué se trata, Jenny?

La rubia se lo contó. Los ojos de la pelirroja se dilataron.

—¡Cielos, qué ocasión! —exclamó—. Pero ¿qué le diríamos después?

—Bueno, buscaba a Lane y no lo encontró. Si empezaba a divulgarlo por ahí, podría perjudicamos.

—Tienes razón, es una buena idea. Pero creo que deberíamos decírselo a Nita.

—Ahí viene con la cena del huésped —dijo Jenny.

Nita llegó con una bandeja en las manos. Momentos después, estaba

enterada de la novedad.
—Dejadlo de mi cuenta —sonrió—. Toma, sostén la bandeja, Jenny.
La rubia obedeció. Nita metió la mano en uno de los bolsillos de su uniforme y sacó un frasquito, en el que se veía un líquido espeso y transparente, la mayor parte del cual fue a parar a la sopa.
—Le había puesto un poco para que se durmiese y echar un vistazo a su equipaje, pero, dadas las circunstancias, ya no vale la pena perder el tiempo —dijo fríamente.
Guardó el frasquito, cubrió de nuevo la bandeja y echó a andar hacia la habitación número cuatro.
Rebecca le tocó con una mano en el hombro.
—Nita, esto será para nosotras tres —manifestó — . No le digas nada a él.
—Descuida, encanto.
Nita llegó ante la puerta y tocó con los nudillos. Luego alzó la voz:
—Su cena, señor Dahlgren.
Dahlgren abrió la puerta. Delante de sí tenía una mujer muy hermosa. Pero ignoraba que en aquellos momentos estaba contemplando el rostro de la muerte.

* * *

Wooley apagó el proyector y encendió la luz. Sentada en una butaca. Gwen estaba terriblemente pálida y tenía el rostro oculto entre las manos.
—¿Por qué? — gimió—. ¿Por qué me tortura de esa forma?
—Lo hiciste, ¿no?
—Yo no quería... Sólo trataba de defenderme... Pero aunque fuese así, usted no tiene derecho a atormentarme tan horriblemente...
—No te atormento. Simplemente te recuerdo lo ocurrido.
—Yo quiero olvidarlo... Es lo que más deseo en este mundo...
—Yo también deseo que lo olvides. Pero, en cambio, debes recordar lo que te sucedería si esta película fuese vista por otros.
—¡No, por lo que más quiera, no! —chilló la joven, horrorizada.
—Entonces, ya sabes lo que debes hacer. Todo continuará igual si continúas obedeciéndome.
—Sí, señor... Haré lo que usted me diga...
—Es lo que deseaba oír de tus labios, Gwen.
Sonriendo para si, Wooley recogió el proyector de cine y se dispuso a salir. La filmación había sido proyectada en un trozo de pared blanco, sin necesidad de utilizar pantalla.
—Buenas noches, Gwen —se despidió suavemente.
Wooley salió de la habitación. En el corredor se encontró con Nita. La joven tenía sus manos en los bolsillos del uniforme. pero Wooley no

vio nada sospechoso en su actitud.
—¿Pasa algo?
—Dahlgren —dijo ella. Wooley arqueó las cejas.
—¿Sí?
—¿Cómo lo haremos ahora? Está el nuevo peón y a ése no podemos traerlo a nuestras filas... al menos, no tan pronto, Félix.
—Nita, ¿tratas de decirme que...?
—Dahlgren tenía que encontrarse aquí con Lane. Este, naturalmente, no ha acudido a la cita. Pero Dahlgren podía comentar el hecho con otros y...
—Sí, comprendo. ¿Está muerto?
—No le quedan ni dos minutos de vida —contestó Nita con horrible frialdad.
—¿Llevaba algo de valor encima?
—Unos cientos de libras, un reloj... Nada que mereciese la pena.
Nita mentía y no le importó. Las piedras preciosas que llevaba en el bolsillo, firmemente sujetas con la mano derecha, valían al menos cien mil libras. Era algo que Wooley debía ignorar. Las repartirían entre las tres y...
—Lo sacaremos más tarde —dijo él.
—Muy bien, ya nos avisarás.
Nita echó a andar. Fue a su cuarto y se cerró con llave.
Volcó la bolsita sobre una mesa. El brillo de las gemas la dejó literalmente sin aliento durante unos momentos.
Acarició con la mano las piedras preciosas. De pronto, se echó a reír.
—¿Qué diría Félix si viera esta maravilla?
Llamaron a la puerta. Jenny y Rebecca entraron en el cuarto.
—Parece el tesoro de Aladino —comentó la rubia.
—Nuestro tesoro —añadió la pelirroja.
—¿Hacemos el reparto? —propuso la morena. La sugerencia fue aceptada por unanimidad.

* * *

Estaba limpiando un sendero bastante descuidado, en el que todavía quedaban hojas del otoño pasado, cuando vio venir a la dueña de la propiedad.
Durante todo el día anterior y aun buena parte de aquella misma mañana. Rasselar se había estado preguntando cómo era posible que un lugar destinado a hospedar a los viajeros estuviese tan descuidado. La casa era muy vieja, aunque de buena apariencia en su interior. Sin embargo, había podido apreciar diversas señales que no le hacían sentirse demasiado feliz.
«Estamos en una zona de suelo firme —había pensado—. De

encontrarnos en un país proclive a las sacudidas sísmicas, esta casa se derrumbarla como un castillo de naipes al primer terremoto, por débil que fuese.»
Pero no era asunto suyo y, por otra parte, no le habían contratado para reconstruir ni siquiera reforzar la estructura de la casa. Necesitaba un año de ahorro de su salario y estaba firmemente dispuesto a cumplir el plazo.
Gwen llegó a su altura y le miró críticamente.
—Hacía falta una buena limpieza, en efecto —dijo.
—Dentro de pocos días, esto quedará irreconocible —sonrió Rasselar.
—Hará una buena labor, Francis. Perdone, pero su cara me parece vagamente conocida... ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?
Rasselar vaciló un instante.
—No me gustarla que el jefe supiera que usted y yo nos conocíamos. Podría despedirme y el empleo, aunque no me guste demasiado, me conviene — respondió al cabo.
—Le prometo ser discreta. Francis — aseguró ella—. Pero, dígame, ¿dónde nos hemos encontrado antes?
—Hace poco más de un año, usted se cayó al río. Se dio un golpe y perdió el conocimiento. Yo la salve.
Los ojos de la joven se dilataron.
—¡Fue usted! —exclamó.
—En efecto, señorita. Gwen desvió la mirada.
—Tengo que confesarle algo, Francis —murmuró.
—No, no me diga nada... No se fuerce a sí misma. Usted no se encuentra bien, ¿verdad?
—Por favor, dejemos esto a un lado —pidió ella, vivamente alterada —. Francis, ¿cómo no supe reconocerle en el primer momento?
Rasselar sonrió.
—Llevaba melenas hasta los hombros y barba de medio palmo — contestó.
—Ah... Ahora tiene un aspecto enteramente distinto...
—Estaba sin trabajo. La gente no da empleos a tipos melenudos y con barba. Siempre piensan en drogados o cosas por el estilo. No suele ser cierto, pero es imposible evitar ciertas convenciones sociales, que a muchos les resulta difícil ignorar.
—Comprendo. Francis, nunca olvidaré lo que hizo por mi. Si un día puedo devolverle el favor...
—Tengo un buen empleo y me dan comida y techo. ¿Qué más puedo pedir? Gwen arqueó las cejas.
—Se contenta con poco, Francis —dijo.
—Demasiada ambición quita el sueño y da úlceras de estómago.
—Tal vez tenga razón, pero, de todas formas, usted parece hombre con conocimientos suficientes para realizar un trabajo mejor.

—No hay muchas oportunidades en esta época de crisis, señorita. Por ahora, me conformo con este empleo. Ya saldré del bache algún día.

Gwen sonrió.

—Se lo deseo de corazón, Francis respondió—. Y, descuide, no diré que nos conocíamos ya.

—Gracias, señorita.

—Hasta la vista, Francis —se despidió ella.

Rasselar la contempló durante unos momentos, hasta perderla de vista al otro lado de un grupo de olmos de recio tronco y frondosa copa. ¿Por qué tenía aquel aspecto tan enfermizo?, se preguntó.

Si estaba enferma, su dolencia era más del espíritu que del cuerpo, calculó. Y se dijo que le gustaría ayudarla...

—Tendría gracia que fuese a salvarla por segunda vez
—murmuró.

En aquel momento oyó una voz irónica a poca distancia:

—¿Te gusta la rubia flaca, F. X.?

Rasselar se volvió. Apoyada en el tronco de un árbol, mordisqueando una paja con aire incitante. Jenny le miraba provocativamente.

CAPÍTULO IV

Rasselar maldijo entre dientes la costumbre que tenía, en ocasiones, de hablar en voz alta consigo mismo. ¿Habría oído algo aquella atractiva criada?

—Soy abstemio —dijo sonriendo.

—¿De alcohol o de sexo?

—De ambas cosas... "mientras esté aquí.

—Puede producirse una tentación muy fuerte. F. X.

—Procuraré evitarlo, señorita Jenny.

—No siempre se puede resistir la tentación.

—He dicho evitar, no resistir.

—Un matiz muy interesante. Evitando la tentación, se resiste mucho mejor.

—Evidentemente —sonrió Rasselar.

—Pero no siempre se puede evitar. A veces, surge lo I inesperado...

—Me encerraré en mi habitación con doble vuelta de llave.

—Hay ganzúas.

—Pondré trampas explosivas. Jenny alzó las cejas.

—F. X., diablos, ¿es que no le gustan las mujeres?

—Más que los pasteles. Pero me lo han prohibido.

—¿El jefe?

—¿Quién, si no?

—Pero estaba hablando con la rubia flaca...

—También hablo con usted. No me ha puesto un candado en la boca.

—Entiendo. De modo que piensa resistir.

—A toda costa. Necesito estar aquí, por lo menos, un año, para ahorrar el sueldo.

—Ah, necesita ahorrar.

—En efecto.

—¿Tiene planes para el futuro? —Sí. pero prefiero no comentarlo...

—En un año no ahorrará demasiado. Unas mil libras o poco más.

—Pongamos mil doscientas. Es suficiente.

—¿Para qué, F. X.?

—Necesito unas herramientas para asaltar el Banco de Inglaterra. Entonces, seré rico y ya no tendré que trabajar.

Jenny se sorprendió en un principio, pero no tardó en darse cuenta de la broma que representaba la respuesta del joven y se echó a reír.

—Tiene usted un magnífico sentido del humor. F. X. —dijo.

—Muchas gracias, señorita Jenny.

—Suprima el tratamiento. Los dos pertenecemos a la servidumbre.

—Se lo consultaré al señor Wooley.

—Si te invitase a venir esta noche a mi habitación, para tomar una copa, ¿se lo consultaría también?

—No.
—Es decir, vendría...
—No iría.
Jenny le miró fijamente.
—Es usted un tipo heroico, F. X. —sonrió.
—Aguarde a que pase el año de estancia en el paradero y aceptaré su invitación. Quizá entonces vuelva como huésped.
—No puedo esperar demasiado tiempo. Ya habrá otros que acepten venir a mi dormitorio.
Rasselar se inclinó.
—Seres afortunados —contestó.
—Sí, muy afortunados —contestó ella, con cierta nota de despecho en la voz. Bruscamente, dio media vuelta y se marchó. Apoyado en el mango de la pala con
ambas manos, Rasselar la contempló hasta que se hubo perdido de vista, al otro lado de la esquina más próxima.
—¿Qué diablos pretende esa pájara? —masculló—. La provocación era evidente y, sin embargo...
Jenny entraba en el hotel en aquellos momentos. Wooley, tías el mostrador, alzó la
vista para mirarla.
—¿Y bien? —dijo.
—Nada que hacer. Frío como un témpano.
—No te confíes. Jenny.
—No hace falta que me lo digas. Podría desnudarme delante de él y volvería la cabeza a otro lado.
—Dejemos que el espectáculo corra a cargo de Rebecca, ¿eh? Jenny frunció el ceño.
—Félix, ¿por qué diablos quieres...?
—No hagas preguntas. Anda, ve a tu trabajo.
—¿Esperas algún huésped por casualidad?
—Hoy, no. Mañana, o pasado, quizá.
—¿Interesantes?
—Aquí no se hospedan nunca personas que no tengan... interés —contestó Wooley sonriendo de un modo especial.
Jenny sonrió asimismo. Pero la mirada de Wooley no podía traspasar su mente. «Si supieras que tengo más de treinta mil libras en diamantes...», pensó.
—Voy a ver si hago algo por ahí adentro —se despidió.

* * *

El coche se detuvo con un súbito frenazo a unos treinta pasos del edificio y el ocupante alzó la mano en dirección al hombre que

trabajaba en el jardín.
—¡Eh, amigo! —llamó.
Rasselar suspendió su trabajo. Alzó la vista, se pasó un brazo por la frente sudorosa y luego se acercó al coche, descubriéndose con gran cortesía.
—¿Señor?
—¿Estoy en El Parador de los Angeles?
— Sí, señor.
—Bueno, menos mal que no he equivocado el camino. ¿Sabe si se hospeda aquí un tipo llamado Dahlgren?
—No puedo decirle nada, señor: sólo soy un peón para todo y no intervengo en el hospedaje de los viajeros —contestó el joven.
—Tendré que preguntar en recepción —dijo el hombre.
—Se lo aconsejo, señor —sonrió Rasselar.
—Gracias, amigo.
—De nada, señor.
El coche arrancó de nuevo y se detuvo ante la puerta del edificio. Rasselar vio al conductor apearse y cruzar la puerta de entrada.
Volvió en seguida a su trabajo. Apenas unos segundos después, oyó la voz de Gwen a su espalda.
—¿Quién era, Francis?
—No lo sé, señorita —contestó el sin volverse—. Preguntaba por un tal Dahlgren...
—¡Dahlgren! —repitió ella.
—¿Lo conoce usted?
—¿Qué era lo que quería saber de Dahlgren?
—Simplemente, quería enterarse si estaba en el parador.
—No, ya no está, aunque si se hospedó una noche. Pero, es curioso, no le vi marcharse... Cuando me levanté, ya se había despedido.
Rasselar se volvió.
—Usted es la dueña —alegó—.
—Pero Wooley dirige el negocio con total independencia —repuso la muchacha.
—Y no le informa a usted...
—No es necesario; yo confío en él.
Rasselar captó una leve nota de inseguridad en la voz de la muchacha.
—Perdone, no quise ser indiscreto —se disculpó.
—No tiene importancia. De todos modos, le preguntaré por qué tuvo que marcharse Dahlgren tan temprano. Rasselar asintió.
—El dueño de un negocio debe estar siempre al corriente de todo, aunque lo dirija una persona de su confianza.
—Sí, Francis. Gracias por todo.
—No se merecen, señorita. A propósito, ¿cómo va su salud?

—Mejora, muchas gracias.
—Pero sigue estando muy pálida...
—Padecí una enfermedad muy prolongada y aún no me he repuesto por completo.
«Quizá tuberculosis, pensó Rasselar.
—El clima de este país es excelente. Acabará por reponerse totalmente, señorita. Ella se despidió con una sonrisa. Rasselar continuó su trabajo.
A los pocos momentos, vio salir de nuevo al viajero. Este montó en el coche y lo hizo arrancar de inmediato. Partió a toda velocidad, pero, de pronto, frenó, retrocedió y se detuvo frente al joven.
—¡Eh, usted, acérquese! —gritó.
Rasselar caminó sin prisas hasta el sujeto.
—¿Señor?
—Buscaba a Dahlgren, pero me dijeron que se marchó. No estoy seguro de que no me hayan engañado, ¿comprende?
—¿Por qué iban a engañarle? —preguntó el joven, asombrado.
—Eso no es cuenta suya, muchacho —el conductor sacó una tarjeta de visita y un billete de cinco libras—. Si ve, o averigua algo acerca de Dahlgren, telefonéeme inmediatamente a esta dirección. Sea lo que sea, tendrá veinticinco libras de recompensa, ¿entiende?
—Sí, señor.
—Eso es todo. Adiós.
El coche se puso en marcha nuevamente. Rasselar guardó en el bolsillo la tarjeta y el billete. Luego volvió a su trabajo.
Wooley le llamó más tarde.
—¡F. X.!
Rasselar se acercó al sujeto.
—A sus órdenes, señor —dijo.
—Estuvo hablando con el forastero.
—Sí, señor. Me preguntaba el camino más corto para llegar a Swangermore. Yo le dije que no había oído nunca esa población y que en el pueblo podrían informarle mucho mejor. También me preguntó si había buena cerveza. Tomé una el día de mi llegada y me pareció excelente, y así se lo dije, señor.
Wooley sonrió, satisfecho.
—Gracias, F. X. Por cierto, yo tampoco sé dónde está Swangermore. Tendré que consultar el mapa de carreteras. Siga con su trabajo, muchacho.
—Sí, señor.
A la noche, en la soledad de su alojamiento, Rasselar sacó la tarjeta de visita y se enteró del nombre del viajero que buscaba a Dahlgren.
El viajero se llamaba Harriman Southport, y en la tarjeta se incluía el teléfono y la dirección en Londres. Rasselar se preguntó qué

relaciones podían unir a los dos hombres.
—Negocios, sin duda —murmuró.
Al cabo de un rato, se acostó, pero estaba nervioso, sin saber por qué. y se dio cuenta de que iba a costarle encontrar el sueño.
En el cobertizo de las herramientas había encontrado una vieja arca con muchos libros, de los que había seleccionado un par de novelas. Eligió una y, recostado, empezó a leer.
Media hora más tarde, notó que su nerviosismo había desaparecido y se dispuso a apagar la luz. Entonces, inesperadamente, oyó un grito de mujer.

* * *

El grito tenía una nota de angustia, pero parecía también de protesta. Rasselar reconoció la voz de Gwen en el acto.
Intrigado, se puso en pie y. por precaución, apagó la luz, para así poder abrir la puerta sin delatarse. Las ventanas del cobertizo estaban en los laterales y no hubiese podido ver nada.
La fachada posterior de la casa estaba a oscuras. Rasselar pensó que tal vez la muchacha había sufrido una pesadilla, que le había arrancado el grito involuntariamente. Iba a retirarse de nuevo cuando, de pronto, divisó una estrecha línea amarilla, vertical, que indicaba el espacio entre dos coronas no bien cerradas del todo.
De nuevo oyó la voz de la joven. Ahora era casi llorosa, resignada incluso.
—¿Por qué? ¿Por' qué me hace esto? —gimió Gwen.
—Tienes que verlo una vez más... Vamos, siéntate y mira delante de ti.
Era Wooley, adivinó Rasselar. Aparte de que no había otro hombre más en el parador, su voz resultaba inconfundible.
Oyó que Gwen lloraba y se sintió acometido por la cólera. ¿Por qué la atormentaba aquel sujeto?
Regresó al interior y se puso los pantalones y los zapatos. Luego salió y se acercó cautelosamente al pie de la ventana, situada en el primer piso.
«Ella es la dueña y, sin embargo, tiene una habitación en la parte posterior», se dijo. Claro que las mejores habitaciones debían ser ocupadas por los huéspedes, pero, aun así, Gwen estaba convaleciente y...
De pronto, tocó el grueso tronco de una yedra. Sin pensárselo dos veces, se agarró al tronco y empezó a trepar.
Momentos después, estaba al nivel de la ventana. Trató de mirar a través de la rendija. Vela muy poco, pero, aun así, pudo distinguir la blanca silueta de la muchacha, sentada, de perfil hacia él.

Por encima de la cabeza de Gwen pasaba un haz de luz plateada. Rasselar adivinó que se trataba de la luz emitida por un proyector... ¿de cine?
La intensidad del haz lumínico variaba constantemente. Ladeó la cabeza pero no pudo distinguir la pantalla sobre la que se podían ver las imágenes proyectadas.
¿Qué clase de escenas contemplaba Gwen, evidentemente, contra su voluntad?
De pronto, la vio taparse la cara con las manos.
—No, no..., no más, por el amor de Dios.
—Parecía haberlo olvidado —dijo Wooley severamente—. Quiero que lo recuerdes cada instante de tu vida, cada hora, cada minuto...
—Pero tuve que hacerlo, tuve que hacerlo... No podía ser de otro modo, se lo juro —sollozó la muchacha.
Rasselar vio que el proyector dejaba de funcionar. Wooley, inflexible, dijo:
—¿Crees que tus jueces tendrían en cuenta una excusa tan estúpida? «Tuve que hacerlo» —remedó burlonamente a la muchacha—. Ni lo tendrían en consideración, ¿comprendes?
Ella hipó varias veces. Luego emitió un hondo suspiro.
—Lo sé, lo sé, pero..., por favor, no me obligues más...
—Tómate una tableta de sedante. Dormirás bien y mañana estarás como nueva. Wooley cargó con el proyector y se marchó. Rasselar quedó junto al antepecho, dudando acerca de lo que debía hacer.
Gwen estaba en un apuro, no cabía duda. Pero le pareció imprudente actuar en aquel momento.
Todavía había gente despierta en la casa. Podían sorprenderles y...
Habría que buscar la ocasión de hablar con Gwen acerca de lo que acababa de ocurrir. Si estaba en un apuro, procuraría ayudarla de la mejor manera posible, se propuso.
Sigilosamente, descendió al suelo y regresó al cobertizo. De nuevo le costó dormirse, pero en esta ocasión no recurrió a la lectura para conciliar el sueño. Al fin, consiguió dormirse, no sin pensar desesperadamente en la forma menos comprometedora de ayudar a Gwen.
Pero no podría hacer nada, mientras no conociese con toda exactitud los problemas que afligían a la muchacha.

CAPÍTULO V

Rebecca, la pelirroja, se asomó a la puerta y agitó una mano.
—¡Eh. F. X.. ven; el jefe quiere hablarte!
Rasselar dejó a un lado las herramientas de jardinería y avanzó hacia la casa. Cuando entró en el vestíbulo, lo vio desierto.
Wooley saldría en seguida, dedujo. Aguardó al lado del mostrador, sobre el que se veía abierto el libro de registro.
Lleno de curiosidad, echó un vistazo a la última página. Su asombro fue enorme al no ver el nombre de Dahlgren.
«Pero estuvo aquí...», se dijo.
Quizá no le habían inscrito, supuso. El nombre de Lane tampoco aparecía. Sin embargo, había una inscripción, de varias semanas antes, en la que figuraba un tal Herbert Dawness.
Oyó pasos y se apartó del mostrador. Wooley se hizo visible a los pocos instantes. Rasselar tenía el sombrero de paja en las manos.
—Tengo que pedirle un favor. F. X. —dijo el sujeto, a la vez que le entregaba un papel—. Vaya al pueblo y traiga las provisiones que figuran en la lista. Puede comprarlas en la tienda de alimentación de la señora Quegg. Tenemos cuenta allí, así que no se preocupe del pago.
—Muy bien, señor. ¿Alguna cosa más?
—No. salvo que debe recordar lo que le dije acerca de la discreción el primer día que vino a esta casa.
—Descuide, señor; me gusta el empleo —sonrió Rasselar.
—Lo celebro. Hay dos coches en el garaje; será mejor que utilice la ranchera. Mientras le preparan el pedido, puede tomarse una cerveza, si le apetece.
Wooley puso media libra en las manos del joven. Rasselar le dio las gracias. El otro sonrió.
—Estoy muy contento de su labor, F. X. Este dinero es extra; no se lo descontaré de su salario.
—Agradecido, señor.
Rasselar dio media vuelta y se dirigió al garaje, un edificio independiente que, en tiempos, supuso, había debido de servir como vivienda para la servidumbre, ya que tenía un piso encima del lugar destinado a guardar los coches. Sólo había dos, pero había espacio para dos o tres más.
Las llaves de contacto estaban en su sitio. Rasselar puso en marcha la ranchera, esperó a que se calentase el motor un poco y luego salió en marcha lenta.
A doscientos pasos de la casa, una figura humana salió al centro del camino y le hizo señas de que se detuviera. Rasselar frenó y asomó la cabeza para mirar a la dueña de la casa.
—¿Sucede algo, señorita Gwen? —preguntó.

—¿Puede echar esta carta al correo? —rogó la muchacha.
—No faltaría más. Lo haré con muchísimo gusto —sonrió Rasselar.
—Gracias, Francis. No he podido poner sello de Correos...
—Eso no importa.
—La estafeta está en la misma tienda de la señora Quegg. Allí podrá poner el sello.
—Descuide. ¿Necesita algo más? Gwen le dirigió una cálida sonrisa.
—Gracias, eso es todo. Francis.
Rasselar hizo un ligero movimiento de cabeza y arrancó de nuevo. Se preguntó por qué había ido a esperarle la muchacha fuera de la casa, en un lugar donde no podía ser vista.
Indudablemente, no quería que Wooley se enterase de que le entregaba una carta para ser depositada en el buzón de Correos. Debía de tener motivos muy poderosos para actuar de semejante manera, supuso.
Quizá tenía algo que ver lo sucedido la víspera, durante la proyección de la película que tanto había aterrorizado a Gwen. En aquel momento, pensó en la posibilidad de buscar el proyector y dedicarse a sí mismo una sesión de cine clandestina.
Minutos más tarde llegaba al pueblo. Detuvo el coche frente a la tienda en la que entró Inmediatamente. Una mujer de mediana edad, con nariz ganchuda y pelo de rata le miró críticamente.
—¿Sí?
—Soy empicado de El Parador de los Angeles —sonrió el joven —. ¿Es usted la señora Quegg?
—En efecto. Usted debe de ser F. X., si no me equivoco.
—Sí, señora. El señor Wooley me ha dado una nota de pedido. ¿Tendrá la bondad de prepararlo?
—Inmediatamente, muchacho. Ah, mi nombre en Nora...
—Encantado —dijo Rasselar—. Otra cosa, tengo una carta para enviar por correo.
—Démela y yo le pondré el franqueo.
—Es usted muy amable, señora Quegg. Mientras prepara el pedido iré a tomarme una cerveza.
—Archie Fallon la tiene estupenda —indicó Nora sonriendo.
Rasselar hizo una inclinación de cabeza y salió a la calle. La taberna del pueblo estaba a pocos pasos, al otro lado de la calle, y se encaminó hacia allí sin vacilar.

* * *

La misma chica a la que había visto el primer día estaba tras el mostrador y le dirigió una acogedora sonrisa al verle.
—Vaya, parece que encontró el empleo —dijo.

—Sí, tuve esa suerte, señorita. ¿Quiere ponerme una cerveza, por favor?
—Con mucho gusto. Me llamo Ginny.
—Diminutivo de Virginia.
—Eso es.
—Yo me llamo Francis Xavier, pero muchos me dicen F. X. Elija la forma que mejor le parezca, Ginny.
La chica se echó a reír.
—Eso es lo de menos —puso la jarra sobre el mostrador—. ¿Qué tal le va por el parador?
—Bien, magníficamente bien. No es el empleo que uno desearla, pero, vamos, los hay muchos peores.
—Lo celebro, F. X. De todas formas, ¿me permite una observación?
—Con mucho gusto. Ginny. ¿Qué sucede?
—No se haga muchas ilusiones con el empleo. Siento tener que decirle esto, pero es así. En cualquier momento, y ojalá me equivoque, puede quedarse en la calle.
—¿Por qué? Todo parece marchar estupendamente...
—Sí, pero ¿cuántos viajeros se hospedan en el parador? La verdad es que no rebosa de clientela precisamente, y un negocio como ése, basado en los clientes, si no los tiene, se va a pique un día u otro.
—Ginny, ése no es asunto mío. Yo no me ocupo de reclutar clientela para el hotel. Esos problemas quedan para el gerente, ¿no?
—Sí, desde luego. De todas formas, tampoco la señora Quegg parece tener mucho éxito en su búsqueda de clientes.
—¿Cómo?
—Cuando viene algún forastero y se detiene en su tienda, ella lo envía al parador. Es muy amiga del señor Wooley.
—Ah, no lo sabía. Ginny sonrió.
—lodo esto no son más que murmuraciones sin sentido. ¡Hay tan pocas diversiones en Bathermane!
—Sí, es un pueblo muy pequeño...
—Pero, a veces, con un poco de suerte, se puede encontrar una buena diversión, F. X.
—¿Por ejemplo...? Ginny sonrió.
—¿Te hacen trabajar también por las noches?
—Oh, no. termino al atardecer, como en cualquier otra parte.
—Podrías venir a tomar una copa conmigo, después de cenar. Cuando quieras —dijo ella intencionadamente—. Aquí cerramos muy pronto; hay días que, a las diez, ya no se ve un alma en la calle.
—Me lo pensaré, Ginny. Pero quizá haya a quien no le guste verme en tu compañía.
—¿A quién, por ejemplo?
—¿Te llamas Fallón?

—Sí, claro.
—Tu padre...
—Se marchó con mamá a hacer un crucero por el Mediterráneo. Tardarán tres semanas en regresar.
—Puede que yo venga a tomar la copa antes. ¿Qué te debo, Ginny?
Ella puso la mano sobre la jarra.
—Invita la casa —le miró con los ojos entornados—. La puerta de atrás no está cerrada con llave —agregó.
Rasselar contempló a Ginny durante unos segundos. Era una joven robusta, de piel muy blanca, aunque con bastantes pecas en algunos sitios, pero con un atractivo sensual que la envolvía como un aura que no se podía pasar por alto. Si ella tenía ganas de un rato de diversión, ¿por qué negárselo?
Además, Ginny no entraba en el cuadro de prohibiciones formulado por Wooley.
—Lo tendré en cuenta —se despidió.
Salió de la taberna y se dirigió al almacén. Nora Quegg le acogió con una amable sonrisa.
—Ya tiene todo preparado, muchacho.
—Gracias, señora.
Rasselar cargó los paquetes en la parte posterior de la ranchera. Cuando se disponía a marchar, Nora llamó su atención.
—Hay una carta para el señor Wooley —dijo—. Llévesela, por favor, F. X.
—No faltaría más, señora Quegg.
El joven emprendió el camino de vuelta inmediatamente. Cuando estuvo en el sendero que conducía al parador, se sintió atacado por la curiosidad.
¿Quién escribía a Wooley?
Paró el coche en un lugar donde no podía ser visto y examinó la carta. Curiosamente, no llevaba franqueo ni siquiera matasellos. La dirección había sido escrita a mano y el nombre del remitente no figuraba en el anverso del sobre.
Repasó el sobre con las yemas de los dedos. Dentro había algo que le hizo sentir cierta extrañeza.
—Juraría que es...
Sí, parecía otra carta, doblada por la mitad y metida luego en el sobre. Este no había sufrido el lógico proceso de aplastamiento por haber sido apilado con otras cartas y, por tanto, quedaba un tanto abultado.
Sintió la tentación de abrirlo allí mismo, pero se contuvo, porque la banda de goma parecía sólidamente pegada. Pero... ¿no se podía abrir un sobre con la exposición durante unos minutos al vapor de agua?

* * *

En su alojamiento tenía un infiernillo eléctrico para calentar el agua con la que podía prepararse té o café a ciertas horas. Puso la tetera y esperó a que el agua empezase a hervir. El vapor escapó por el pitorro minutos más tarde.

Abrió el sobre que, ahora ya no le cabía la menor duda, había sido escrito por Nora

Quegg. Tal como había supuesto, dentro estaba la carta de Gwen.

Ahora ya no podía detenerse. Abrió también la carta de la muchacha y se enteró de su contenido. Luego, con gran cuidado, cerró los dos sobres sucesivamente.

A la hora de la cena, apareció en la cocina. Rebecca le puso un plato delante.

—Habla olvidado una cosa —dijo él con acento natural—. La señora Quegg me dio una carta para el jefe.

—Yo se la entregaré, no te preocupes.

—Dile qué me disculpe, pero lo olvidé por completo... Esas cosas pasan a veces, Rebecca.

—También podrían pasar otras cosas. F. X.

—¿Si?

—Luego te lo diré —respondió ella.

Rasselar entendió el sentido de la respuesta y torció el gesto. No podría visitar a Gwen aquella misma noche, romo se había propuesto. Aunque quizá, con un poco de suerte...

Pasadas las diez de la noche, llamaron a la puerta del alojamiento.

—Soy Rebecca —dijo una voz de mujer.

Rasselar se levantó y se puso los pantalones. Abrió la puerta.

La pelirroja estaba en el umbral, vestida solamente con una bata, que abrió con gran lentitud, recreándose en los movimientos. El chorro de luz que salta por el hueco iluminó un cuerpo espléndido, sobre el que no había otra prenda de ropa.

—¿No te tienta, F. X.? —sonrió ella. Rasselar hizo un gesto negativo.

—Lo siento, pero me sucede una cosa muy curiosa.

—¿Qué es, F. X.?

—Soy alérgico a las pelirrojas.

—Podríamos apagar la luz.

—Es inútil. Te he visto ya y no podría apartarlo de mi mente. No conseguiríamos nada. Buenas noches, Rebecca.

Ella no pareció sentirse muy disgustada. Cerró la bata nuevamente y regresó a la casa.

—¿Qué tal? —preguntó Wooley.

—No he conseguido nada.

—Mejor —dijo el sujeto—. Eso demuestra que no quiere problemas.

Nos conviene un tipo discreto, mudo como una tumba.
—Quizá, de la otra forma, podríamos atraerle a nuestro bando...
—Ya somos cuatro. No conviene más gente en el negocio.
—Olvidas a Nora Quegg. Con ella somos cinco, Félix.
—Bueno, ya sabes lo que quería decirte... A propósito, he recibido un telegrama. Bueno, me lo ha comunicado Nora por teléfono. Pasado mañana llegará un tipo llamado Britton Conin.
—¿Interesante?
Wooley emitió una perversa sonrisa.
—Entre ochenta y cien —contestó.
—¡Diablos! ¿Qué negocio trae entre manos?
—Trae dinero, eso es lo que importa. Rebecca.
—Sí, tienes razón. Oye, F. X. ha resultado ser alérgico a mi color de pelo... Bueno, al menos, eso es lo que ha dicho, pero me ha dejado muy decepcionada. ¿Por qué no me consuelas un poco?
Wooley se echó a reír.
—¿Con la bata puesta?
Rebecca se la quitó inmediatamente.

CAPÍTULO VI

El tronco de la hiedra era lo suficientemente fuerte para resistir su peso y pudo izarse sin dificultad hasta la ventana. El bastidor estaba abierto parcialmente y lo levantó con gran suavidad, para poder pasar al interior.

Esperó unos momentos, para acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Pasado un rato, avanzó hacia la cama.

Oyó la respiración de Gwen, lenta y sosegada. Cuidadosamente. puso una mano en su hombro y otra en la boca.

—No grite, soy Francis —murmuró. Ella abrió los ojos.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Perdone, pero sólo trato de ayudarla... No piense mal de mí, señorita. Gwen se sentó en la cama.

—¿Quiere explicarse, Francis?

—Usted me pidió ayer que enviase una carta.

—Sí, fue hoy... Ah, ya ha pasado la medianoche.

—En efecto.

—Bueno, ¿es que se le olvidó echarla al correo?

—No. Se la entregué a la señora Quegg, pero ella la devolvió a Wooley.

—¡No puede ser!

—He abierto el sobre de la carta que Nora Quegg me entregó para Félix. Al vapor, naturalmente, de modo que él no sane que estoy enterado de la maniobra. También abrí la carta que usted escribía a su abogado de Londres.

—Quiero hablar con él. Necesito su consejo urgentemente...

—Está en un apuro, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe, Francis?

—Félix proyectó el otro día una película. Usted estaba aterrada; sollozaba y le pedía que no le atormentase más. ¿Qué hay en esa película?

El cuerpo de la muchacha fue acometido repentinamente por un súbito temblor. Sin poder contenerse, rompió a llorar y se cubrió la cara con las manos.

—Francis, no me obligue, por favor...

—Si no quiere hablar ahora, no hable, pero, aunque tengo muy poca experiencia, apostaría algo a que Félix la somete a chantaje. ¿Me equivoco?

Ella asintió en silencio. Rasselar meneó la cabeza.

—Ese hombre no me ha gustado nada, ni siquiera en el primer momento. Pero yo necesitaba tanto el empleo... Escúcheme, señorita... ¿No podría usted apoderarse de la película?

—Aunque lo consiguiera, hay un negativo...

—Ya me lo imagino, pero me gustaría ver ese filme. Tal vez usted está engañada...
—No. no lo estoy. Hice algo horrible... Usted me salvó de morir ahogada; en realidad, quería suicidarme...
Rasselar comprendió que no debía seguir presionando a la muchacha. Los nervios de Gwen podían romperse inesperadamente, provocando un estallido de histeria, que podía originar consecuencias imprevisibles.
—Le diré una cosa. Usted escribió al abogado, pero esa carta no ha llegado a su poder.
Vuelva a escribirle; yo me encargaré de que la carta llegue a su destino.
—¿Cómo lo hará, Francis?
—Deje eso de mi cuenta. Cuando tenga la carta escrita, la deja discretamente en mi alojamiento. Tengo en Bathermane quien se encargará de echarla al correo, sin que la señora Quegg pueda interceptarla por segunda vez.
Gwen le miró esperanzadoramente.
—Quizá consigamos algo, si es cierto lo que me dice...
El joven sonrió. Se apoderó de una de las manos de Gwen y la palmeó suavemente.
—Algo conseguiremos, se lo aseguro. Una cosa, por favor: no dé a entender, bajo ningún concepto, que la señora Quegg es cómplice de Félix.
—Lo tendré en cuenta, Francis.
—Y, si le es posible, consiga la película y una lupa. Pedir también el proyector serla demasiado.
—Lo que verá en esa película le hará tener una impresión muy pobre de mí —dijo la muchacha.
—Señorita Gwen, sea lo que sea, estoy seguro de que usted lo hizo porque no tenía otro remedio que hacerlo —dijo él.
Pisando suavemente, fue hacia la ventana.
—Disimule —insistió.
Gwen sonrió a través de las lágrimas que inundaban sus bellos ojos.
—Dios le bendiga, Francis —murmuró.
Al quedarse sola, se tendió en la cama y cerró los ojos. Sin saber por qué, se sentía mucho mejor.
Ahora, se dijo, ya tenía quien la ayudase. El presentimiento de que la estancia del joven en la casa iba a ser decisivo para su futuro, la ayudó a relajarse y asi pudo conciliar el sueño sin demasiadas complicaciones.

* * *

—Tengo que encontrarme aquí con un amigo —dijo el viajero—. Asuntos de negocios, claro.
—Muy bien, señor Conin —contestó Wooley—. Este es el lugar más discreto que se puede imaginar para tratar de negocios. Naturalmente, si lo desea, también podemos proporcionarle distracción para entretener la espera.
Conin arqueó las cejas.
—¿Qué distracción, señor Wooley?
El gerente tocó tres veces el timbre de percusión. Momentos después, las tres sirvientas se hicieron visibles en el vestíbulo.
—Señor Conin, le presento a Nita, Jenny y Rebecca —dijo—. Son unas muchachas muy amables y están ansiosas de servir a nuestros clientes.
A Conin se le hizo la boca agua.
—Supongo que... que cierta clase de servicios estarán considerados como «extras en la factura del hotel —exclamó.
—Nada de eso, señor. Los servicios de las muchachas forman parte de las comodidades que el parador dispensa a nuestros clientes. Naturalmente, si luego desea expresarles su gratitud...
—Sí, lo haré con mucho gusto. ¿Cuál de ellas me servirá la cena en mi habitación? Si fuesen dos, echarla una moneda al aire..., pero no se puede esperar que la moneda caiga de canto para elegir a la del centro.
Sonaron algunas risitas. Jenny dijo:
—Podemos echarlo a la pajita más corta, señor.
—No es mala idea —convino el viajero—. Y miren por donde, les diré que prefiero ignorarlo hasta que me sirvan la cena. ¿Puedo subir a mi habitación a asearme un poco?
—Naturalmente, señor. Nita, sube el equipaje del señor a la habitación número cuatro —ordenó Wooley.
Nita hizo una genuflexión.
—Sí, señor, al momento.
La morena acompañó a Conin y dejó el maletín y la cartera de mano sobre la mesa.
—Desearía ser la afortunada, señor —dijo, al despedirse.
—Haga trampa —rió Conin.
Jenny estaba ya en el observatorio de la estancia contigua.
A los pocos momentos, vio a Conin, en mangas de camisa, abrir la cartera.
Contuvo la respiración. «¡Vaya paisaje!», pensó, al ver las apretadas filas de fajos de billetes de Banco que ocupaban por completo el interior del maletín de ejecutivo.
Momentos más tarde, bajó a recepción.
—Tenías razón —dijo —. Entre ochenta y cien mil. Wooley sonrió.

—Llama a las otras dos —indicó—. Ya tengo preparadas las pajitas.
Rebecca resultó ser la afortunada. Cuando se disponía a servir la cena al huésped. Wooley le dio un consejo:
—No falles, muñeca. Ella rió perversamente.
—Es pato muerto —aseguró.
En aquellos momentos. Rasselar entraba en su alojamiento. La almohada de su cama estaba torcida. Recordó que la había dejado en su correcta posición y entendió que se trataba de una señal.
La carta estaba debajo del colchón. Rasselar decidió que aquella noche la llevaría sin falta a Bathermane.

* * *

Conin bebió un trago de champaña y eructó ruidosamente.
—Perdona, guapa, no he podido contenerlo...
—No se preocupe —sonrió la pelirroja—. Son cosas que suceden... y, si le he de ser sincera, me alegro de que lo haya hecho. Eso significa que le ha gustado la cena, que se ha quedado satisfecho, en suma.
—Sí, pero sólo parcialmente, muñeca.
—¿Cómo?
Conin, en mangas de camisa, con el rostro congestionado, movió el Indice curvando varias veces.
—Ven, encanto. Llevas mucho rato en pie y, me imagino, debes de estar cansadísima.
—¿Quiere que descanse, señor?
Conin se palmeó las rodillas varias veces.
—¿Qué te parece este asiento?
Sonriendo provocativamente, Rebecca avanzó unos pasos, contoneándose con movimientos que hadan brillar los ojos del huésped. De pronto, deliberadamente, dejó caer una cucharilla al suelo.
—Oh, perdone...
El uniforme que vestía, aparte de ajustado, era muy corto. Rebecca se inclinó, con las piernas rectas, casi vuelta de espaldas a él. Los ojos de Conin amenazaron con salirse de las órbitas.
—Rebecca... —tartajeó. Ella se volvió y le miró.
—¿Decía algo, señor?
—Ven..., ven a sentarte...
—Claro, señor.
Rebecca se sentó. Emitiendo un gruñido animal, Conin la abrazó y besó furiosamente, mientras manoseaba sus senos. De repente, sintió una aguda punzada en el estómago. Lanzó un rugido. Rebecca le miró, asombrada.
—¿Qué le pasa, señor? Conin eructó de nuevo.

—No, no es nada... Quizá he comido demasiado...
—Se le pasará con una copa de champaña —apuntó ella. Conin la atrajo nuevamente hacia sí.
—Deja el champaña —mascullό —. Tú eres más que suficiente...
Recorrió su cuello ávidamente, con los labios, pero una vez de pronto, volvió a sentir aquel pinchazo, ahora mucho más violento, y no pudo contener una exclamación de dolor.
—¡Maldita sea! —juró, a la vez que se ponía en pie, frotándose el vientre con las manos—. ¿Qué diablos había en la cena?
Rebecca había caído al suelo y se puso en pie, alisándose la falda maquinalmente. En aquel instante, vio que los ojos de Conin rodaban en sus órbitas.
El sujeto cayó de rodillas.
—No veo apenas... Me arde el estómago... ¡Dios mío! ¿Qué me sucede?
—Es lógico —contestó ella—. Había veneno en la sopa.
Conin alzó la mirada.
—Bromeas...
—Hablo muy en serio. Le queda un minuto de vida.
El viajero lanzó un ronco sonido. Volvió a mirar a Rebecca. Ella sonreía como un demonio. En aquella sonrisa vio la muerte y gimió desesperadamente.
Cayó hacia adelante. Su cara chocó contra la alfombra. Un súbito espasmo le hizo volverse hacia arriba.
Rebecca, con las piernas separadas, le miraba fríamente a poca distancia. Era muy hermosa... parecía un ángel... pero si lo era... tenía... las... alas... ne... gras...
Aquellos tétricos pensamientos del moribundo se borraron muy pronto de su mente. Conin perneó un par de veces más y luego se quedó quieto. Rebecca respiró profundamente.
—Era un tipo duro de pelar —murmuró.
Fue hacia la consola y abrió el maletín del dinero. Estuvo contemplándolo unos momentos; luego lo cerró y salió de la habitación.
El maletín fue abierto de nuevo en el despacho de Wooley.
—Noventa y cuatro mil —dijo él, después de contar el dinero.
—Un buen pico — comentó Jenny.
—¿Para qué quería tanto dinero? —preguntó Nita.
—Sim Hustler nos lo dirá mañana o pasado —contestó Wooley.
—¿Quién es Hustler? —preguntó Rebecca.
—El hombre con el que Conin tenía que encontrarse aquí —respondió el gerente del parador.

CAPÍTULO VII

Tanteó la puerta y vio que estaba abierta. Después de pasar al otro lado, dio unos golpecitos en la madera.
—Ginny, soy yo —dijo a media voz.
«Ahora sólo falta que aparezca el padre, con una escopeta en las manos», pensó
Rasselar.
Pero el señor Fallón estaba de viaje. La voz de Ginny sonó muy pronto en el piso superior.
—Sube. F. X.
Rasselar vio luz a pocos pasos de distancia. Avanzó y se encontró con el arranque de una escalera que conducía al primer piso.
Ginny le dirigió una cálida sonrisa. Vestía bata y camisón y tenía el pelo suelto.
—Tardaste más de lo esperado —dijo.
—He tenido que buscar la ocasión propicia —contestó él.
—Sí, ya me lo imagino. Entra, por favor.
Rasselar cruzó el umbral. Ginny cerró la puerta y se dirigió hacia una mesa sobre la que había un cubo con hielo y una botella de champaña. Destapó ésta y llenó dos copas.
—Pensaba en whisky...
—¡Tonto! —rió la chica—. Una ocasión como ésta merece algo mejor.
—Le entregó una copa—. Dicen que el champaña es la bebida del amor... ¿Qué opinas tú?
—Para contemplar a una mujer hermosa, cualquier bebida es buena —respondió
Rasselar.
—¿Me encuentras guapa?
—Terriblemente atractiva. Y no me digas «Eso se lo dirás a todas», porque no todas me invitan a tomar champaña en su casa a las once de la noche.
Ginny se echó a reír.
—También tú eres muy guapo —dijo—. ¿Soltero?
—Sí.
—¿No has sentido la tentación de casarte algún día?
—No pude.
—¿Por qué?
—Era, y sigo siéndolo, pobre.
—Y ella es rica y tu orgullo...
—No. También era pobre. Llegamos a la conclusión de que más valía ser medio felices por separado, que desgraciados juntos.
—Una historia conmovedora. ¿La recuerdas todavía? Rasselar apuró su copa.

—Se casó con un hombre rico. Ya tiene lo que deseaba.
—Y tú, ¿lo tienes?
El joven se acercó a Ginny y le soltó el cinturón de la bata, que quitó a continuación. Ginny quedó solamente con el camisón, muy corto y totalmente transparente.
—No hay más ropa debajo — observó. Ella soltó una risita.
—No hace falta, me parece —repuso.
—Eso mismo pienso yo —convino Rasselar, mientras se desabrochaba la camisa.

* * *

Ginny lanzó un hondo suspiro y apoyó la cabeza en el desnudo pecho masculino.
—¿Piensas seguir mucho tiempo en el parador? —preguntó.
—Un año, por lo menos. Necesito ahorrar.
—¿Para qué, si no es indiscreción?
—Tengo un negocio en perspectiva... Ese dinero me vendrá muy bien. Mis gastos son muy pocos, prácticamente nulos, de modo que puedo ahorrar el salario casi íntegramente.
—Entonces, te marcharás de Bathermane.
—Sí. Deseo que llegues al año en el parador. Pero lo dudo mucho.
—¿Por qué?
—¿Crees que un parador puede sostenerse con un cliente odos al mes, como máximo?
—No lo sé. Eso, supongo, debe quedar para Wooley.
—Viene gente muy rara al parador. Están un día, dos, como máximo, y luego se marchan tan discretamente como llegaron. Francamente, no entiendo cómo pueden ganar dinero con una clientela tan escasa.
—Quizá esperan que la noticia se divulgue y el parador consiga fama, lo que acarrearía una clientela más numerosa.
—Es posible, pero ha pasado ya casi un año y no hay señales de aumento de clientes, F. X.
—¿Cómo lo sabes, Ginny?
—Bueno, en donde estoy se ven y se oyen muchas cosas... Sinceramente, si yo tuviera que pasar una temporada en Bathermane, no me hospedaría en el parador.
—¿No te gusta?
—Hay algo extraño... misterioso... Quizá me tomes por una chica con demasiadas ideas en la cabeza... pero, insisto, el parador no me gusta en absoluto. Vienen tipos muy raros, aunque parezcan tener mucho dinero, ¿comprendes? Algunos rumorean que se trata de operaciones de contrabando. »
—¿Contrabando? —repitió él, asombrado.

—Sí. La costa está a menos de diez millas. Un parador, situado en la costa, podría inspirar sospechas a la policía. De este modo, si lo del contrabando es cierto, ¿quién va a pensar en ellos?
Rasselar hizo un gesto con la cabeza.
—¿Qué clase de contrabando? ¿Lo sabes? —inquirió.
—No. en absoluto. La gente del parador es terriblemente discreta y no despega los labios para nada. Además» vienen muy poco por el pueblo... En realidad, no se les ve nunca.
—¿Incluyes en tu comentario a la dueña? Ginny frunció el ceño.
—No sé qué pensar de esa chica —respondió—. Parece muy desgraciada...
—Ha estado enferma.
—Sí, eso dicen. Pero, de todas formas, consiente lo que sucede en su casa.
—¿Es suya, realmente?
—De sus padres, aunque hacía ya muchos años que no la habitaban. Sus abuelos sí vivieron durante casi toda su vida. Cuando murieron, el padre de Gwendolyne se fue a Londres y cerró la casa. Casi no se les ha visto desde entonces... es decir, hasta que ella vino con Wooley.
—¿Y las si mentas?
—Llegaron poco después. F. X., los contrabandistas, me imagino, no deben de pasarlo tan mal, mientras se alojan en el parador.
—Son muy guapas, en efecto.
—Oye, dime, ¿no has intentado tú...?
—Wooley me lo prohibió el primer día. No pienso quebrantar esa prohibición. Ya conoces los motivos.
—Mientras puedas resistir la tentación... —rió ella.
—Tú me ayudarías, en caso necesario, ¿verdad?
Rasselar buscó la boca de Ginny. Ella correspondió apasionadamente y, durante unos minutos, se olvidaron de todo.
Más tarde. Rasselar saltó de la cama y empezó a vestirse.
—Te marchas ya —dijo Ginny melancólicamente.
—No quiero que me sorprendan fuera de mi alojamiento. A Wooley podría no gustarle, compréndelo.
—Sí, pero vuelve cuando puedas...
—Descuida.
—Todavía tenemos dos semanas largas por delante.
—¿Y después?
Ginny se echó a reír.
—El verano se acerca. Conozco una cabaña deshabitada. Ya te indicaré el camino.
—De acuerdo.
Rasselar terminó de vestirse. Se puso la cazadora de lona azul y sacó una carta, que puso en manos de la chica, quien continuaba todavía

en la cama.
—Necesito que eches esta carta al correo —dijo.
—Muy bien, lo haré, no te preocupes.
—Voy a ser sincero contigo. La carta va dirigida a un amigo que tengo en Londres, pero dentro hay otra que es para el abogado de Gwen. Le escribió una y la señora Quegg se la envió a Wooley.
—Vaya —resopló la chica—. ¿Por qué?
—Parece que no les gusta que Gwen se comunique con otras personas. No sé por qué, ya lo averiguaré, pero, mientras tanto, es importante que el abogado reciba la carta.
—Si se la entrego a Nora y ve que la envías tú, puede repetir la operación —objetó Ginny—. Pero ya sé cómo solucionarlo. Esperaré el paso del autobús que transporta el correo y se la entregaré al conductor. Es buen amigo mío Y suele tomarse una jarra de cerveza cuando para en el pueblo.
Rasselar sonrió, satisfecho.
—Una excelente idea —aprobó.
Se inclinó sobre Ginny y la besó suavemente en los labios.
—Eres una chica estupenda y no lo digo sólo por tus encantos —se despidió.

* * *

Cuando llegaba a las inmediaciones de la casa, oyó voces distantes.
Pensaba dar un pequeño rodeo, a fin de alcanzar el cobertizo sin ser visto, caso de que hubiera alguien despierto en el parador. Al oír las voces, se agazapó detrás de unos arbustos y aguardó en completo silencio.
Al cabo de unos momentos, divisó tres siluetas. Un hombre y dos mujeres.
La distancia, aunque no era excesiva, sí impedía entender lo que decían al hablar. No obstante, consiguió captar algunas palabras sueltas: «buen botín» y «suculentos fajos de billetes», entre otras cosas.
De pronto, vio que una de las figuras se detenía.
—¿Por qué te paras? —preguntó Wooley.
—Voy a ver una cosa —dijo Nita.
—Lo mejor será que te vueltas a la cama...
—A la cama, sí, pero no sola —contestó la morena maliciosamente.
—Es inútil —dijo Rebecca—. Yo lo intenté, enseñándole todo, y pareció que estaba mirando a un poste del telégrafo.
—El factor sorpresa puede dar buenos resultados —rió Nita.
Ahora estaban mucho más cerca y Rasselar había podido escuchar el resto de la conversación con toda claridad. Inmediatamente, se sintió

lleno de pánico.
Si Nita entraba y veía la cama, no solamente vacía, sino sin deshacer...
Decidió que tenía que actuar rápidamente y de un modo que no infundiera sospechas a Wooley y sus sirvientas. Inmediatamente, se despojó de la cazadora, que escondió bajo un arbusto, se quitó también la camisa y. con el torso desnudo, corrió hacia su alojamiento.
De pronto, tropezó con algo y estuvo a punto de caer. Al mirar hacia abajo, vio una gruesa rama, desprendida de un árbol cercano. Inclinándose, agarró la rama y echó a correr hacia la parte posterior del cobertizo.
Luego, con paso natural, dio la vuelta y llegó al mismo tiempo que Nita. Al verle, ella emitió un chillido de susto.
—No tema —dijo Rasselar sonriendo Soy yo. F. X. Nita se puso una mano en el pecho.
—Vaya susto... Pero ¿qué diablos haces a estas horas, fuera de la cama?
—OI algunos ruidos y me pareció que podría tratarse de un ladrón o un merodeador. Por tanto, salí a ver qué sucedía, pero el tipo debió de escucharme a mí también y salió de estampía. No pude darle alcance; sin duda, se trata de un tipo que conoce bien la comarca. Yo no puedo decir lo mismo, claro.
—Aquí no vimos nunca ladrones, F. X.
—Siempre hay una primera vez —sonrió él— ¿Puedo serle útil en algo?
Nita vaciló. Realmente, ya no podía intentar lo que había indicado a los otros dos.
—No. gracias —contestó—. Sólo deseo darle las gracias por su celo. F. X. Se lo diré así al señor Wooley.
—Gracias —contestó Rasselar—. Me contrataron para trabajar aquí y pienso que también debo vigilar, cuando es necesario.
—Sí, es cierto. Buenas noches. F. X.
—Buenas noches, señorita.
—Me llamo Nita —le indicó ella.
—Un nombre precioso, digno de la persona que lo ostenta.
—Eres muy amable. Adiós.
Rasselar quedó solo ante la puerta del cobertizo. Se preguntó si los otros sospecharían de él. Había salido, aparentemente, en persecución de un ladrón, pero quizá pensarían que los había seguido a ellos...
Por cierto, ¿de dónde venían a hora tan avanzada de la noche?
Consultó su reloj. Eran casi las cuatro de la mañana. ¿Adónde habían ido?
Meneó la cabeza. No podía adivinarlo. Tendría que saber lo por otros

métodos. No podía dar, por el momento, con el apropiado, pero era optimista por naturaleza.
—Ya lo encontraré —murmuró, mientras se metía en el cobertizo.
Procuró despertarse muy pronto y fue en busca de la camisa y la cazadora. Luego se dirigió a la cocina para desayunar.
—Tienes ojeras —dijo Rebecca, al disponerse a servirle el desayuno.
—El tipo ese me desveló —contestó él con fingido mal humor.
—¿El ladrón?
—Sí. Bueno, yo no sé si lo era o no... Acaso se trataba de un cazador furtivo... o de un mirón.
—¡Un mirón! —resopló la pelirroja. Rasselar le guiñó un ojo.
—No me digas que no hay aquí cosas muy interesantes para mirar a escondidas —
exclamó.
Rebecca soltó un bufido.
—Para lo que te sirven los ojos... —contestó, desdeñosa.
—Le pediré permiso al jefe —dijo Rasselar con ironía—. Rebecca, yo lo siento más que tú, pero no quiero jugarme el empleo.
—Otros se arriesgarían...
No han pasado hambre ni han dormido al raso, como yo. No quiero que se repita —
concluyó el joven la conversación, de forma tajante.
«Para que lo entiendas», añadió mentalmente.

CAPÍTULO VIII

Estaba recortando un seto cuando, con el rabillo del ojo, vio a Gwen que se le acercaba.
—Buenos días —saludó la joven cortésmente.
—Buenos días, señorita. ¿Cómo se encuentra hoy?
—Mucho mejor, gracias.
—La carta llegará a su destino —bisbiseó él.
—¿La encontró? —preguntó ella, muy excitada, aunque en tono bajo.
—Sí. Usted dejó la almohada atravesada sobre la cama.
—Me pareció que entenderla la señal.
—Desde luego, fue una buena idea.
—Pero quizá otra vez la señora Quegg...
—No verá la carta. Ni siquiera sabrá que la he enviado.
—¿Cómo lo ha conseguido? —se admiró Gwen.
—Bueno, pensé en escribir a un amigo que tengo en Londres y. en el sobre, incluía una nota y su carta, para que la entregue al abogado. Pero luego resultó que hay una persona que se ocupará de entregarla personalmente al conductor del autobús que transporta el correo.
—¿Puedo saber quién es esa persona, Francis?
—Una buena amiga mía, señorita. Gwen enarcó las cejas.
—No sabía que tuviese amistades en Bathermane manifestó.
—La hice el día de mi llegada —repuso él, evasivo.
Gwen se dio cuenta de que el joven no quería ser más explícito al respecto y desistió de seguir preguntándole sobre el tema.
—Creo que ya he localizado la película —dijo.
—¿De veras?
—Sí, aunque, sin el proyector...
—Le sugerí que se proporcionase una lupa.
—Trataré de encontrarla.
—Oiga, de todos modos, la película puede que esté bien guardada, pero el proyector no tanto, imagino. Si consigue el filme, podríamos hacer una incursión donde está el proyector...
—Estudiaré el asunto. Ya le diré algo. Francis.
—Muy bien, señorita. ¿Puedo hacerle una pregunta?
—Sí, claro.
—¿De veras quiere que su abogado haga lo que le pide en la carta?
—No lo dude, Francis —respondió Gwen. Rasselar suspiró.
—Lástima, perderé el empleo...
—¿Lo necesita de verdad?
—Puede imaginárselo. Pero no se preocupe y haga lo que debe: encontraré otro.
Gwen vaciló un momento. Rasselar intuyó que ella quería decirle algo, pero que no se atrevía a hablar con completa franqueza. Decidió que

lo mejor era no presionarla demasía do. Podía darse cuenta de que la muchacha necesitaba desahogarse con alguien de su confianza y lo mejor era ganársela por completo.
—Procure encontrar la película y una lupa —sonrió.
—Haré lo que pueda, Francis.
Gwen se marchó, como tenía por costumbre, y él continuó recortando el seto. Mientras trabajaba, se dijo que si Gwen estaba sujeta a Wooley por algún secreto inconfesable, el plan que había propuesto a su abogado era la mejor manera de liberarse de aquella sujeción que casi era una esclavitud.
Por cierto, ¿qué interés podía tener Wooley en dirigir un parador en el que no había apenas una docena de huéspedes en todo el año?
¿Cuál era el beneficio de un negocio que, prácticamente, era la ruina?
«Hay algún truco y me gustarla conocerlo», resumió sus meditaciones.
Al día siguiente, se levantó bastante tarde. Jenny le miró con sorpresa al verle entrar en la cocina casi a las diez de la mañana.
—Se te han pegado las sábanas, ¿eh?
—Así parece —contestó él sin inmutarse.
—Al jefe no le va a gustar cuando lo sepa. Ha preguntado ya por ti y le ha extrañado no verte trabajando.
—Jenny, mire el día que es hoy en el calendario.
La rubia lanzó una exclamación de sorpresa. Luego se echó a reír.
—Tienes razón, no me había dado cuenta —respondió—. ¿Cómo estás de apetito? Rasselar se pasó una mano por el estómago.
—Te asomas a la entrada, pegas un grito y el eco te responderá mañana —contestó alegremente.
—Muy vacío debe estar, en efecto. Bueno, siéntate y te lo llenaré.
Cuando terminó de desayunar, Rasselar abandonó la cocina y se dispuso a dar un paseo. Lentamente, caminó sin rumbo, hasta que, casi inesperadamente, se encontró al borde del lago.
No era muy extenso, apenas un par de kilómetros en su parte más ancha, pero resultaba sumamente agradable, bordeado de álamos y sauces llorones. Abundaban los patos y ánades silvestres, y se dijo que era un buen lugar para la caza.
A pocos pasos del lugar en que se hallaba, divisó un embarcadero, a base de gruesos tablones, sostenidos por pilotes que se hundían en el fondo. Amarrado al extremo de aquel pequeño muelle, vio una especie de pontón, de fondo plano, con dos grandes planchas paralelas, que corrían a todo lo largo de su estructura.
Parecía como si la embarcación estuviese destinada al transporte de vehículos. Pero las distancias no eran demasiado grandes y, además, no había una carretera que conducía al lago. Tal vez, se dijo, aquellas planchas servían para reforzar la estructura de la cubierta. El pontón, en todo caso, debía ser utilizado por los cazadores, para acercarse a

las aves que pululaban a cientos por la superficie acuática.
Al cabo de un rato, emprendió el regreso. De pronto, entre los árboles que eran allí prácticamente espesos, divisó lo que parecía una pequeña elevación del terreno y se desvió de su camino.
Abundaban los arbustos. La vegetación era muy densa y, en ocasiones, resultaba difícil atravesarla. Al cabo de unos momentos, consiguió llegar al pie de la loma, que le pareció el resultado de amontonar allí grandes cantidades de tierra, producto tal vez de alguna excavación cuya utilidad no alcanzaba a comprender.
En todo caso, hacía ya de ello muchísimos años, porque la loma estaba enteramente cubierta de hierbas y arbustos. En realidad, era un accidente sin importancia: Inesperadamente, creyó ver un destello metálico entre la vegetación. Intrigado, apartó los ramajes con las manos, pero, aun así, no conseguía captar detalles.
Forzando las ramas que se oponían a su paso, avanzó unos cuantos metros más. Insistió en separar los obstáculos y entonces divisó algo que le dejó estupefacto.
Se preguntó qué hacía aquella puerta en una de las laderas de la eminencia. Era de madera, pero las bisagras relucían, sin duda porque habían sido fabricadas con acero inoxidable, a fin de que resistieran los embates de la intemperie. Ganó un par de metros más y se encontró frente a la puerta.
Con gran asombro suyo, vio que no tenía llave y que podía abrirse, con el simple hecho de tirar de un pomo de madera. Al abrirla, su asombro llegó a límites insospechados.
Al otro lado de la puerta de madera, había una segunda, metálica, muy bien protegida por una cerradura de combinación, aunque no se podía decir que fuese como la de las bóvedas fuertes de un Banco. Pero era suficiente para resistir los esfuerzos de los amigos de lo ajeno.
Revisó cuidadosamente la puerta. En el lado izquierdo del marco, vio el arranque de un cable eléctrico que se hundía en el suelo.
«Una alarma», supuso.
La puerta parecía situada directamente sobre la ladera, pero un examen más atento le hizo apreciar una estructura de mampostería, que reforzaba el conjunto.
«¿Qué diablos habrá al otro lado?», se preguntó.
Puesto que no podía obtener respuesta, cerró la puerta de madera y emprendió el regreso. Al girar hacia su izquierda, pudo apreciar que la salida era mucho más fácil.
De pronto, recordó lo sucedido un par de noches antes. Wooley y dos de las chicas regresaban a la casa, a una hora muy avanzada. ¿Venían de aquel lugar?
«Tendré que averiguarlo, pero con un máximo de precauciones», se

dijo finalmente.

* * *

Wooley estaba en la puerta de la casa, con los pies separados y las manos a la espalda. Rasselar adivinó inmediatamente el mal genio del sujeto.
—F. X., no le pagamos para que haga el vago por ahí —dijo Wooley sin más preámbulos.
—Perdone, señor; hoy es domingo —contestó el joven serenamente, pero sin orgullo. Wooley se quedó cortado.
—Domingo —repitió—. Discúlpeme usted —añadió, más amansado —. Soy un tonto; no me había dado cuenta del día que es hoy.
—Gracias, señor. De todos modos, si hay algo urgente que hacer...
—Agradecería que fuera al pueblo a recoger un encargo que me tiene la señora Quegg. No le importa, ¿verdad?
—En absoluto, señor; lo haré con mucho gusto. ¿De qué se trata?
—Nora Quegg le dará unas cajas, eso es todo.
—Bien, señor; iré a buscar la ranchera...
—Tome. F. X.
El joven se volvió. Wooley le daba media libra.
—Bébase un par de jarras de cerveza a mi salud, F. X.
—Es usted muy amable, señor.
Rasselar fue al garaje y abrió la puerta. Momentos después, ponía en funcionamiento el motor de la ranchera.
Cuando salía, en marcha lenta, alzó la vista. Gwen estaba en su ventana y le hizo una señal con la mano. Rasselar vio el índice y el pulgar juntos, en círculo, y adivinó en el acto el significado del gesto.
Contestó con un leve movimiento de la mano. Ella juntó las suyas, apoyó la mejilla en ellas y ladeó la cabeza. Rasselar comprendió que Gwen quería decirle que se verían a la noche.
Asintió en el silencio. Luego pisó el acelerador y salió en busca del camino que conducía a Bathermane.
Nora Quegg abrió la puerta del almacén, apenas hubo tocado con los nudillos. Sonrió al ver a Rasselar.
—Vaya por la puerta de atrás, F. X. —indicó—. Hoy es domingo y las gentes de Bathermane son muy estrictas en la observancia del precepto dominical. Me despellejarían viva si vieran que le entregaba género.
—Sí, señora, comprendo perfectamente.
Rasselar condujo el vehículo al patio posterior de la casa. Nora le hizo entrar, indicándole tres cajas de madera, dos iguales, relativamente pequeñas, y otra un poco mayor.
—Eso es todo. F. X.

—Sí, señora.
Rasselar llevó las cajas a la furgoneta. Cuando hubo colocado la última. Nora las cubrió con una manta vieja.
—En el pueblo hay muchos curiosos — manifestó.
—Nunca faltan tipos aficionados a meter las narices donde no les importa, señora —respondió el joven.
Nora metió la mano en un bolsillo del vestido y. sorprendentemente. sacó un billete de una libra y lo puso en la mano de Rasselar. El joven se quedó atónito.
—Señora...
—Vamos, vamos, no irá a decirme que no le gustaría tomarse una jarra de cerveza en la taberna, ¿verdad?
—Pero es domingo y no abren... Ella soltó una risita.
—Vaya por la puerta de atrás. ¿O cree que es usted el único que quebranta la prohibición?
Rasselar dobló el billete y lo guardó en el bolsillo de su camisa. Luego se llevó el índice a la sien.
—Beberé a su salud, señora Quegg.
—Tenga cuidado y no corra. Lleva usted un material muy frágil — advirtió ella.
—No lo olvidaré, señora.
Rasselar llevó el coche a la trasera de la taberna. Cuando llegó a la sala, vio a Ginny apoyada melancólicamente de codos en el mostrador. Acercándose en silencio, le dio un pellizco en el muslo.
Ella lanzó un gritito de sorpresa y se volvió. Al reconocer a Rasselar, se lanzó a su cuello.
—¡Qué alegría! —exclamó—. ¿A qué has venido a Bathermane, F. X.?
—El jefe me pidió que Ir llevara unos encargos —contestó él—. ¿Puedes darme una jarra de cerveza?
—Te darla algo más —dijo Ginny con los ojos muy brillantes.
—Ahora no puede ser. Tienes que atender a la clientela que, supongo, no tardará en llegar.
—Todo el mundo está almorzando en sus casas. Cerrarla la puerta y...
—Lo siento, no puedo entretenerme tanto. Vendré otro día. te lo prometo.
—Está bien, lo primero de todo es el trabajo. ¿Qué encargos son? Es decir, si no soy indiscreta.
—No me preguntes. Todo lo que me dijo la señora Quegg es que se trataba de algo muy frágil.
—Vajilla para el parador, seguro —comentó Ginny—. Una mujer muy extraña agregó.
—¿A quién te refieres? —preguntó él, sorprendido.
—A la señora Quegg, naturalmente. No es de aquí, ¿sabes?

—¿Cómo?
—Vino hace cosa de un año y compró el negocio. Según dijo, es viuda y quería invertir su dinero en algo seguro y en un lugar sano y conveniente para su salud. Parece que ha tenido éxito.
—Lo celebro.
—Alguien dijo una vez que Nora tuvo que ver con un pleito sonado, sobre un crimen que ocurrió hace bastantes años. Por lo visto, alcanzó cierta notoriedad. Creo que la acusaron de haber envenenado a su marido, aunque acabaron soltándola por falta de pruebas.
—Eso no tiene importancia. Si ahora se comporta correctamente...
Desde luego, en ese aspecto, nadie tiene la menor que; de ella. ¿Más cerveza, F. X.? Rasselar había apurado ya la jarra y negó con la cabeza Besó a la chica en una mejilla y se marchó.
A los pocos momentos, se detuvo en un lugar solitario. Volviéndose, despacio apartó la manta a un lado y contempló las cajas de madera.
Aquello no contenía vajilla, se dijo. Invadido por la curiosidad, se decidió a abrir una de las cajas.
Las tapas estaban sujetas con tornillos. Buscó un destornillador en las herramientas del coche y empezó a trabajar.
Cinco minutos más tarde, sintió que se quedaba sin respiración.
«Por todos los diablos... ¿Para qué puede querer Wooley tanta dinamita?», se preguntó, tremendamente desconcertado.

CAPÍTULO IX

Cuando llegó al parador, vio a Nita en la puerta.
—¿Traes los encargos? —preguntó.
—Sí, desde luego.
—Llévalos a la cocina, por la puerta posterior.
—Está bien. Me gustarla ver al jefe...
—Imposible, está ocupado.
—De acuerdo.
Rasselar hizo arrancar el coche de nuevo. Wooley estaba hablando en aquellos momentos con un hombre de mediana edad y aspecto lúgubre, que no parecía muy satisfecho de sus explicaciones.
—No acabo de creerme que el señor Conin no esté aquí —dijo.
—Lo siento, señor; ese caballero no ha llegado todavía —respondió Wooley—. Si desea esperarle aquí, tendremos mucho gusto en ofrecerle nuestros servicios.
Sim Hustler emitió un reniego en voz baja. Luego alzó la voz:
—Está bien, aunque sigo pensando que...
—Usted mismo ha podido verlo, señor. El nombre del señor Conin no figura en nuestro libro de registro.
—Ya, ya veo... En fin, aguardaré veinticuatro horas. Si no aparece en ese plazo... Bien, él se pierde el negocio...
Wooley tocó el timbre. Rebecca apareció a los pocos momentos.
—Acompaña al señor Hustler al número cuatro, por favor — ordenó el gerente.
—Sí, señor. Por aquí, señor, tenga la bondad...
Hustler traía consigo un pequeño maletín y rehusó entregárselo a la pelirroja. Sin dejar de gruñir entre dientes, se dejó llevar al primer piso.
Wooley contempló a la pareja hasta que desaparecieron de su vista. Luego se encaminó a la cocina.
Rasselar estaba tomando un bocadillo y se puso en pie al verle.
—He traído los encargos, señor —informó.
—Ah, no sabe cuánto me alegro —sonrió Wooley—. Bien, gracias por todo. Puede tomarse libre el resto de la tarde. F. X.
—Sí, señor.
Wooley lanzó una mirada indiferente hacia las cajas que yacían en un lado de la cocina. Dirigió una sonrisa al joven y se marchó.
Nita le servía de comer. Cuando terminó, preguntó si quería otro filete.
—He tenido bastante, gracias —contestó él, satisfecho—. Ahora voy a dormir un poco.
—Que tengas sueños felices —dijo Nita—. No sueñes conmigo, por favor.
—Algún día te diré cosas que ahora no puedo.
—¿Sólo las dirás?

—Espera, todavía no es tiempo.
Nita movió la cabeza hacia la puerta que comunicaba con el interior de la casa.
—Si quisieras, él ni se enterarla siquiera.
—Por una vez, no me importarla... pero sé qué pasa después. La cosa sale bien, gusta, se quiere repetir... y el pastel acaba por descubrirse y yo de patitas en la calle. Lo siento, Nita.
—Otro siglo será —dijo ella burlonamente.
—Sí, otro siglo —dijo él, cuando ya salía por la puerta trasera.
Atravesó sin prisas la explanada y llegó a su alojamiento. Al abrir la puerta, vio a Gwen sentada en la cama, con las manos en el regazo.

* * *

Aunque se sintió muy sorprendido de la presencia de Gwen. Rasselar no dijo nada. Volviéndose, echó una rápida mirada al exterior y luego cerró la puerta.
—Le extraña verme aquí —dijo ella.
—Un poco, pero después del intercambio de señas que hemos hecho, casi lo encuentro lógico —sonrió él—. Ha encontrado la película, supongo.
—No es cieno totalmente. Sé dónde está el proyector, a la vista, fácil de poner en funcionamiento sin problemas. El filme, imagino, está en un cajón de su mesa de despacho. Cerrado con llave, naturalmente.
Rasselar se acarició el mentón.
—Podríamos forzar la cerradura, aunque él lo notaría, claro.
—No importa. Si me dice algo, contestaré que yo quemé la película.
—Y él dirá que tiene un negativo, como puede imaginarse.
—Lo sé. Por eso no me hará nada. Yo fingiré sorpresa...
—Está bien ideado —aprobó él—. ¿Cuándo?
—A la noche, cuando duerman todos. Mejor, a la madrugada. Yo le esperaré en la puerta posterior. ¿Qué le parece, Francis?
—Estupendo —Rasselar sonrió—. Es usted la única que emplea mi nombre. Los demás usan las iniciales.
—Lo encuentro de mal gusto, simplemente —dijo Gwen.
—También yo, pero no puedo evitarlo. Nos encontraremos a las tres de la mañana. Y ahora, permítame que le diga una cosa: hay dos cajas de dinamita en la casa. Gwen se sobresaltó terriblemente.
—¡Dinamita! —exclamó, espantada—. ¿Cómo lo ha averiguado?
—Yo mismo la he traído del pueblo. Wooley me envió a buscarla a la tienda de Nora Quegg. Ella dijo que se trataba de un material muy frágil. Me tentó la curiosidad y abrí una de las cajas.
—Lo notará Wooley...
—No. Procuré no dejar rastro. El ignora que yo estoy enterado de la

existencia de dinamita en la casa.
—Me pregunto para qué puede quererla...
Rasselar pensó de pronto en la puerta metálica que había visto aquella misma mañana.
—Creo que ya lo sé —dijo.
En pocas palabras, explicó a la muchacha su hallazgo. Gwen se sintió estupefacta cuando él hubo terminado de hablar.
—No tenía la menor idea de la existencia de esa puerta blindada —confesó—. ¿Qué puede haber al otro lado?
—Algo de mucho valor. Tengo una amiga en el pueblo y sospecha que el parador no es sino una tapadera para determinadas operaciones de contrabando. La costa está a solo diez millas.
—Es posible —convino Gwen—. Y eso explicaría el chantaje que ejercen sobre mí.
—De modo que es un chantaje, ¿eh?
Gwen levantó la vista y le miró francamente.
—Tengo que confesarle algo, Francis —dijo—. Hace poco más de un ano, maté a un hombre. Pero lo hice en legítima defensa.
Rasselar sonrió comprensivamente.
—No me cabe la menor duda —contestó — . Pero vamos a tratar de ver si conseguimos liberarla de sus problemas.
—¿Aunque pierda el empleo?
—Soy joven. Buscaré otro, no se preocupe. Gwen se puso en pie.
—Si me libera de ese miserable, se lo agradeceré mientras viva —declaró con gran vehemencia.
—Haré lo que esté en mi mano, es todo lo que puedo decirle —respondió él.

* * *

Hustler terminó la sopa y torció el gesto.
—Muy buena, aunque tenía un gusto un tanto raro —dijo.
—Eran las hierbas del condimento, señor, propias de la región —contestó Nita—. A las gentes de aquí les encanta ese sabor. ¿Un poco de cordero, señor?
—Si, gracias.
Hustler siguió comiendo. Al cabo de unos momentos, frunció el ceño.
—Nita, ¿por qué está aquí?
—Tengo que atenderle a usted, señor —sonrió la joven.
—Entonces, siéntese.
—No puedo, señor. Si viniese el gerente, me armaría un escándalo...
—Si viene, como es un hombre educado, llamará a la puerta y usted podría ponerse en pie. Siéntese, diablos: no puedo cenar a gusto viéndola a usted en pie.

—Como quiera, señor.
Nita se sentó. La falda era muy corta y, además, separó las rodillas. Hustler apreció así el contraste entre el negro de las medias y la blancura de los muslos.
—Nita, voy a decirle una cosa.
—¿Señor?
—No trate de tentarme. Aprecio mucho su hermosura, pero no estoy aquí para divertirme. Quizá, en otro momento, ¿me comprende?
—Oh, por Dios, señor; ¿cómo ha podido creer una cosa semejante?
Hustler soltó una risita.
—Conozco el paño —dijo—. Sírvame más vino, por favor.
—Sí, señor.
Nita se levantó y llenó la copa. Hustler la llevó a sus labios, pero, de repente, sintió una terrible punzada en el estómago y lanzó un aullido.
—¿Le sucede algo, señor? —preguntó ella solícitamente.
—Maldición... Nita, ¿qué rayos había en la sopa?
—Veneno, señor.
Hubo un instante de silencio. Hustler sintió un fuego abrasador en el estómago. La copa resbaló de sus dedos, chocó contra la mesa y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.
—Veneno, ¿eh?
—Sí, señor —contestó Nita, impasible.
—Entonces... era lógico no encontrar a Conin...
—Lo encontrará muy pronto, señor. Imagínese dónde.
Inesperadamente, Hustler se echó a reír.
—Nita...
—Diga, señor...
—Ya sé dónde está... Conin... ¿Le gustaría verle?
—No. señor, en absoluto.
—Pero si le verá... Iremos los dos juntos a verle...
De pronto, Hustler sacó un pequeño revólver y apretó el gatillo.
Nita lanzó un gemido ahogado al recibir el proyectil en el pecho, entre los senos. Retrocedió, con los brazos al suelo, chocó contra la pared y resbaló hasta quedarse sentada, con los ojos muy abiertos.
Lanzó un gemido. Sabía que iba a morir y no podía evitarlo.
Hustler la apuntó de nuevo con el revólver. Pero el arma se escapó de unos dedos sin fuerza y, ladeándose, cayó de costado.
En el último instante, el ansia de vivir le hizo buscar un asidero. Sólo encontró el
mantel y al arrastrarlo, arrojó al suelo todo el contenido de la mesa.
Transcurrieron algunos segundos. La puerta se abrió repentinamente.
Wooley y Jenny aparecieron en el umbral. Jenny vio a Nita, aún sentada, divisó la sangre de su pecho y lanzó un grito de terror.
—Calla, estúpida —la apostrofó Wooley.

Se inclinó sobre Nita y buscó su pulso. La morena permaneció inmóvil.
—Ya no hay nada que hacer. Está muerta.
—No me lo puedo creer... —gimió Jenny.
—Por lo visto. Hustler resultó un tipo duro de pelar —comentó Wooley con macabra ironía.
Permaneció inmóvil durante unos segundos y luego, su vista recayó sobre el maletín que estaba encima de una silla.
Se acercó al maletín, lo puso sobre una consola y soltó las presillas de cierre. Una blasfemia se escapó de sus labios al ver su contenido.
—Maldita sea... Tenía que traer esto precisamente...
Recuperada en parte. Jenny se acercó y contempló el contenido del maletín. Luego pasó un dedo por una de las bolsitas de plástico, transparente, que estaba llena de una sustancia blanca.
—Hombre, bien mirado, podría darnos un saco de dinero...
—¡Ni lo sueñes! —cortó Wooley con gran vehemencia— Lo menos que yo querría hacer es embarcarme en un negocio de drogas. Hay demasiadas manos y demasiadas bocas y acaba por saberse. Lo otro es infinitamente más seguro, ¿comprendes?
—Sí, pero ¿qué hacemos con la «nieve»?
—Irá a parar al lago —decretó el sujeto con firme acento—. En cuanto a los dos fiambres, ya conoces el procedimiento.
—¡Pobre Nita! ¡Tan joven! — suspiró Jenny.
—Le tocó la china —contestó Wooley despiadadamente.

CAPÍTULO X

Cuando iba a dormirse, oyó un extraño sonido, una especie de chasquido bastante fuerte. Le pareció que había sido un tiro de pistola, pero también podía tratarse de la caída de algún mueble ligero. Sin concederle mayor importancia a la cosa, se esforzó por conciliar el sueño.

A las dos y media sonó el despertador. Rápidamente, se vistió, mojó un poco la cara para refrescarse y esperó la hora acordada. Entonces, abrió y miró hacia la casa.

Una sombra blanca se hizo visible en el umbral de la puerta posterior. Satisfecho, Rasselar apreció la puntualidad de la muchacha.

Corrió silenciosamente y se reunió con ella en el umbral. Gwen parecía bastante tranquila, observó, complacidamente.

Asió una de sus manos y la miró a la cara.

—No tema, señorita, todo saldrá bien —dijo.

—Gracias. Quizá un día pueda decir que me salvó la vida dos veces...

Rasselar sonrió en la oscuridad.

—Eso no tiene importancia. ¿Vamos?

Ella le guió hasta el despacho de Wooley. Una vez en el interior, Rasselar cerró la puerta con doble vuelta de llave, procurando no hacer ruido en ningún momento.

Gwen señaló el proyector, situado encima de una mesita auxiliar y cubierto con una funda.

—Podríamos utilizar la pared, como pantalla, tal como hace él, cuando quiere atormentarme —sugirió la muchacha—. Pero sólo podremos hacerlo, si encontramos la película...

—Déjalo de mi cuenta. A menos que la tenga en una caja fuerte, la encontraremos —aseguró Rasselar.

Ya se había preparado adecuadamente para la operación. Dos de los cajones no estaban cerrados con llave y, lógicamente, no encontraron en ellos el rollo de la película. El cajón central y dos de los laterales estaban cerrados.

Rasselar no se amilanó. Primero sacó una navaja y empezó a hurgar en el espacio situado entre el borde superior y el marco. Al cabo de unos momentos, cedió la cerradura y pudo abrir el cajón central.

Allí no había películas de ninguna clase, pero sí encontró un buen número de libros de registro de huéspedes. Rasselar se sintió pasmado al apreciar un hecho tan singular.

—El parador llevaba un año escasamente en funcionamiento — dijo —. Esto no es un hotel de una ciudad turística, donde se hospedan miles de clientes al cabo del año. ¿Para qué demonios quiere tactos libros de registro?

Los hojeó rápidamente. Había muy pocas inscripciones. Gwen miró

por encima de su hombro.
—Creo que ya sé de qué se trata —dijo de pronto.
—¿Sí?
—Veamos este libro, por ejemplo. Vino un tal Ross Lane, se hospedó y luego se marchó, según le dijeron al hombre que iba a encontrarse con él, Jim Dahlgren. Pero el nombre de Dahlgren debía figurar a continuación del de Lane y no es así. ¿Se imagina los motivos?
—Lane fue asesinado y a Dahlgren le enseñaron el registro donde no figuraba el nombre del primero.
—Exacto.
—¿Lo asesinaron?
—Yo diría que asesinaron a los dos. También juraría que asesinaron a Conin.
—Aquí hay un libro con el nombre de Conin. Fuera, supongo. habrá otro en el que no aparezca ese nombre.
—Para engañar a Hustler, que vino a reunirse con Conin.
—¿Está Hustler arriba?
—Sí, supongo...
—Luego iremos a prevenirle. Volvamos ahora a lo principal.
Rasselar pudo cerrar el cajón sin violencia visible. El siguiente cajón lateral contenía una caja de forma cuadrada, plana y delgada.
—Bueno, hemos dado con el rollo. ¿Se atreve a presenciar la película?
—La he visto tantas veces... —dijo ella, muy alterada.
—Una más, poco daño la hará ya.
Rasselar puso el rollo en su sitio, enchufó el proyector y apagó la luz. A los pocos momentos pudo ver a Gwen en compañía de un hombre joven y muy apuesto.
Los dos discutían con cierta violencia, aunque no se oían sus voces, ya que la película carecía de banda de sonido. De pronto, el hombre dio una bofetada a Gwen. Luego la agarró por el pelo y la zarandeó despiadadamente.
Gwen recibió un empujón y fue proyectada contra una mesa. La cámara registró el movimiento de su mano al apoderarse de una plegadera en forma de puñal.
Mientras, el joven permanecía de espaldas a ella. Rasselar vio que llevaba la mano a la boca, como si fuese a ingerir una pastilla tranquilizante o algo por el estilo.
En el mismo momento, Gwen se abalanzó sobre él, con el abrecartas en alto. El joven se volvió, justo a tiempo de recibir el primer golpe en el pecho.
Gwen golpeó otra vez. Delgados regueros de líquido oscuro brotaron del pecho del joven. Este miró a Gwen con ojos desmesuradamente, abiertos.

La víctima parecía que quería decir algo. De pronto, se vio brotar sangre de su boca. Luego dobló las rodillas y cayó al suelo.
A los pocos momentos, entró un hombre en la habitación, contempló la escena y se acercó a Gwen, que parecía petrificada. Rasselar reconoció a Wooley.
Wooley agarró la mano de la muchacha y la sacó de aquel lugar. En aquel preciso instante, se hizo la oscuridad. La proyección había terminado.
—Ahora ya lo sabe usted todo. Francis —dijo ella, tremendamente alterada.
—Es una lástima que detuvieran la cámara —sonrió Ras selar, después de haber encendido la luz—. Podríamos haber visto al «muerto» levantarse tan campante.
Ella le miró como si se hubiese vuelto loco.
—Pero él está muerto... Usted lo ha visto, yo le di dos puñaladas...
—El «muerto» está bien vivo, aunque, por fortuna, detrás de ios muros de una cárcel y para un buen montón de años. Se llama Benny Porter y yo lo sé porque tengo un amigo policía que me contó alguna de las habilidades de tal Porter.
Gwen se sentó en una silla. Las piernas le flaquearon y entendió que no podría sostenerse en pie.
—No..., no me diga... Sí... dígamelo... y júreme que lo que ha dicho es cierto... —balbuceó, al borde de un ataque de nervios.

* * *

Rasselar vio sobre una mesa botellas y copas, y puso un poco de coñac en una de las copas, que luego entregó a la muchacha.
—Beba y reconfórtese —aconsejó —. Y no tema, insisto; usted no es una asesina y Benny Porter goza de una excelente salud, aunque tardará muchos años en tomar el sol fuera del patio penal.
Gwen acercó la copa a sus labios. Los dientes hicieron tintinear el cristal unas cuantas veces. Luego procuró serenarse.
—Entonces... fue todo una comedia...
—Me lo dijo mi amigo el policía. No era la primera vez que Benny recurría a semejante procedimiento para hacer chantaje a alguien. Es un truco muy bien realizado, pero, a fin de cuentas, también lo hacen en el cine, cuando se quiere simular la muerte de alguien y se desea un máximo de realismo. Seguramente. Benny llevaba debajo de la camisa una plancha de corcho, que absorbió las puñaladas, con unos pequeños recipientes de plástico, llenos de líquido rojo, que simulaban la sangre.
—¡Pero también sangró por la bocal —alegó ella.
Rasselar repitió la proyección y detuvo la cámara en el momento en

que, vuelto de espaldas. Porter se llevaba una mano a la boca.
—Porter ya esperaba su reacción. Precisamente la provocó, golpeándola a usted y procurando exasperarla hasta el límite. Entonces, como puede ver, se puso dentro de la boca una minúscula vejiga llena del mismo líquido rojo, que mordió en el momento apropiado.
—Ahora lo entiendo —dijo Gwen—. Yo no sabía que la cámara filmaba la escena...
—Debió prepararlo Wooley, naturalmente, secundado por Porter, al que pagaría generosamente por sus servicios. De este modo, la tenia sujeta a usted, haciéndola creer que se trataba de un asesinato. Apostaría algo a que Wooley le dijo que se encargaría de esconder el cadáver de Benny, ¿no es cierto?
—Sí, Francis.
—Bien, cuando usted se marchó, Benny se levantó y se fue también, aunque esta escena no la registró la cámara.
—Y Benny está en la cárcel...
—Sí. Según me contó mi amigo el policía, quiso repetir el numerito del asesinato con cierto personaje, pero éste no se dejó engañar, porque conocía el truco, y se burló de Benny y lo envió a paseo, diciéndole que no le pagarla un solo penique. Entonces, parece que Benny perdió los estribos y le pegó un tiro, que lo tuvo a las puertas de la muerte. Por esto y otras fechorías, Benny fue a parar a la cárcel.
—Entonces, se lo diré a Wooley... —exclamó ella impetuosamente.
Rasselar levantó una mano.
—No se precipite, por favor —pidió—. Aquí están sucediendo cosas muy raras. Sospecho que ha muerto violentamente más de una persona y no querría que a usted le pasara nada. Siga como hasta ahora, disimule en lo posible y piense que muy pronto podrá darle una sorpresa a Wooley.
—Cuando conozca mi decisión, si, se va a sorprender —sonrió ella.
—Sobre todo, cuando se entere de que la muerte de Benny Porter no fue sino producto de su imaginación. Pero... dígame, ¿por qué discutieron usted y ese pájaro de cuenta?
Gwen desvió la vista a un lado.
—Debo admitir que me porté como una tonta —murmuró—. Benny era un hombre tan apuesto... agradable, correcto, apasionado...
—Hablando con franqueza, se dejó seducir por sus encantos varoniles.
—Sí, de nada serviría negarlo. Luego me enteré de que tenía una amante y eso me puso furiosa. Cuando se lo reproché... Bien, usted ha visto ya lo que pasó.
—Una escena provocada. Posiblemente, ni siquiera existía esa amante. Todo fue una trampa, para que usted cayera en ella.

—Sí, pero ¿con qué objeto?
—Wooley la conocía también a usted, ¿no es cierto?
—Sí, era amigo de Benny... Nos conocimos en una sala de fiestas... Entonces yo era muy alegre, me gustaba disfrutar de la vida... Nunca pude imaginar que mi existencia tomase un rumbo tan desastroso.
—Probablemente. Wooley ya tenía el plan ideado. Necesitaba un lugar solitario como éste, para sus asuntos nada honestos.
—¿Qué clase de asuntos. Francis?
—Hay tipos que se dedican a negocios poco lícitos, y el dinero debe ser entregado en billetes de Banco, para evitar investigaciones molestas. Seguramente, Wooley debe de tener muchas amistades en esos círculos y hace que ciertos «hombres de negocios» vengan aquí, para tratar de sus asuntos. Si traen maletines con grandes sumas de dinero en billetes... imagínese lo que les sucede.
Gwen se sintió horrorizada al saber lo que había pasado en su casa.
—Y todo esto ha sucedido a mis espaldas.
—Tenían que contar con usted, como tapadera. Y a fin de que no abandonase la casa, la presionaban con el «asesinato» de Benny Porter.
—¿Y ellas? —preguntó Gwen—. Me refiero a las criadas... Rasselar meneó la cabeza.
—Probablemente están tan metidas en esto como Wooley —dijo—. Y la señora Quegg, naturalmente.
—¿Nora?
—Sí. Pienso que debe de ser una especie de enlace, para mensajes que no deben seguir las vías ordinarias. ¿Quién podría sospechar de una honesta viuda, que se gana la vida vendiendo toda clase de artículos y, además, se ocupa del correo de Bathermane?
—Horrible, horrible... —jadeó la muchacha — . Francis, ¿a cuántas personas habrán matado esos miserables?
Rasselar pensó en un momento en el lago. Habría que dragarlo, se dijo. Y. ¿cómo llevaban los coches hasta allí, si él no había oído nunca el ruido de un motor a deshoras?
—Gwen —dijo al cabo—, lo mejor será que se vaya a la cama. Procure actuar el resto del día con normalidad. A la tarde, cuando termine mi jomada, venga a verme. Quiero enseñarle algo interesante.
—¿No puede decirme de qué se trata?
—A la tarde — insistió él.
—Muy bien, como quiera.
Gwen se puso en pie. Sonreía y parecía una mujer enteramente distinta.
—Me siento otra, Francis, —dijo.
—No sabe cuánto lo celebro —contestó él.
De pronto. Gwen se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Su llegada a esta casa resultó providencial para mí. Lo dije antes; me ha salvado la vida por segunda vez.
—¿Tan desesperada se sentía cuando intentó suicidarse?
Ella señaló el proyector de cine.
—Imagíneselo, Francis.
—Sí, claro.
—Al caer, me di un golpe en la cabeza con una rama saliente... Así todo el mundo creyó más tarde que se trataba de un accidente... cuando desperté, yo no quise declarar la verdad... Luego, Wooley vino a buscarme, me trajo aquí... Yo me sentía sin voluntad, completamente desmoralizada...
—Entonces, no ha estado enferma.
—No. Pero he padecido mucho psíquicamente...
—Esos sufrimientos se han terminado ya —aseguro Rasselar, tajante.

CAPÍTULO XI

Cuando llegó a su alojamiento, oyó voces en las inmediaciones. Apenas si tuvo tiempo de desnudarse y meterse en la cama.

Wooley dijo:

—Rebecca, asegúrate de que F. X. está dormido.

—Está bien. Félix —contestó la pelirroja.

Rasselar adoptó una postura natural, casi boca arriba, con la boca abierta y respirando fuertemente. Rebecca abrió con todo cuidado, escuchó unos momentos y luego volvió a cerrar.

—No hay cuidado —informó.

—Bien, vamos a llevar el coche de Hustler.

Rasselar oyó aquellas palabras y sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Había llegado a pensar que tendrían tiempo de salvar a Hustler, pero, por lo visto, el crimen se había consumado ya. Sin poder contenerse, se levantó de la cama, corrió hacia la puerta y miró a través de una rendija que quedaba al entreabrirla.

Wooley subió a un coche. Rebecca y Jenny lo empujaban por detrás. Rasselar comprendió que, de este modo, el motor no hacía ruido y no despertaba a otras personas que podían sentirse intrigadas por el movimiento de un vehículo a deshoras. Los faros sí habían sido encendidos para alumbrar el camino. La batería, supuso, aguantaría todavía el tiempo suficiente para llegar al lugar donde debían hacer desaparecer el automóvil.

Las dos mujeres continuaban empujando. Rasselar sonrió mientras se vestía.

«Tiene alma de sultán, aunque su harén sea sólo de dos mujeres.»

Entonces se acordó de Nita. ¿Dónde estaba la morena?

Era un detalle sin importancia. Terminó de vestirse y salió del cobertizo. Las luces del coche se veían a lo lejos y lo siguió con toda discreción, en la oscuridad.

El suelo hacía una ligera pendiente, lo que facilitaba la marcha del automóvil. A quinientos metros de la casa. Rasselar oyó el suave ronroneo del motor. Wooley lo había puesto en marcha, sin necesidad de usar el arranque eléctrico, simplemente, aprovechando un poco la velocidad y metiendo una marcha con la palanca de cambios.

El camino, a pesar de todo, no era demasiado liso y Wooley tenía que rodar muy lentamente. Al fin, llegó al embarcadero.

Las dos mujeres se apearon entonces, ya que habían subido al coche. Wooley lo condujo hasta el pontón, paró el motor y aplicó el freno. Jenny se inclinó y soltó la amarra.

Luego, los tres empuñaron sendas pértigas y el pontón empezó a moverse lentamente.

El cielo estaba despejado y la luna, aunque menguante, derramaba la suficiente claridad para ver con detalle las acciones del trío.
Minutos más tarde, el pontón llegaba al centro del lago. Wooley y una de las mujeres se situaron a la zaga de la embarcación. Rasselar les vio hacer algo, inclinados muy cerca de la poca. Creyó ver que se levantaba el suelo del pontón y, segundos más tarde, el coche se deslizó lentamente y entró en el lago sin apenas ruido.
A los pocos minutos, la superficie de las aguas había recobrado su aspecto normal. Las pértigas propulsaron la embarcación de nuevo hacia el malecón.
Rasselar se agazapó tras unos arbustos. Wooley y las dos mujeres pasaron por su lado.
—Hoy se acabo todo —dijo él.
—¿Cuándo? —preguntó Rebecca.
—A la medianoche. Tengo que acabar de preparar el sistema de ignición. Lo tendré listo al atardecer.
—¿Y ellos?
—Les daremos un narcótico en la cena. No se enterarán de nada.
El trío desapareció en la oscuridad. Rasselar permaneció todavía unos momentos en el mismo sitio.
Al cabo de un rato, se acercó al pontón. Agachándose, examinó los tablones paralelos, en cada uno de los cuales vio un gato de levantamiento, de los usados para el cambio de ruedas en los coches. De este modo, adivinó, los tablones formaban un plano inclinado, suficiente para que el coche, desfrenado y con el cambio en punto neutral, pudiera deslizarse y caer en el interior del lago.
¿Y los cadáveres?, se preguntó.
¿Hablan ido a parar también al fondo de las aguas?
Un escalofrío recorrió su espalda. El destino final de las víctimas, en realidad, importaba ahora muy poco.
Importaba más salvar la vida suya y de Gwen. Según había oído. Wooley y aquellas mujeres tan hermosas pensaban asesinarles a la medianoche.
Nita. Jenny, Rebecca... con rostros de ángel, de demoníaca hermosura...
—Si son ángeles, tienen las alas negras —murmuró.

* * *

A mediodía, tuvo ocasión de cambiar unas palabras con Gwen.
—¿Ha almorzado ya? —preguntó.
—No —contestó ella—. Iba a hacerlo ahora...
—Pida que le sirvan en su habitación. Procure quedarse sola. Tire toda la comida por el sumidero. Luego échese en la cama y simule

estar dormida.
—¿Por qué?
—Puede que el narcótico llegue con la cena, pero no podemos correr riesgos. Haga lo que le digo; se lo explicaré después, cuando se haga de noche. No beba nada que no sea agua del grifo, ¿entendido?
Gwen le dirigió una mirada inquisitiva, dándose cuenta de que el joven sabía más de lo que daba a entender. Pero temiendo ser vigilada, no quiso seguir a su lado y regresó a la casa.
Pasadas las seis de la tarde, cuando ya oscurecía, llegó al cobertizo y tocó en la puerta con los nudillos.
Rasselar abrió de inmediato. Agarró el brazo de la muchacha y tiró de ella hacia adentro.
—No he comido nada —confesó Gwen—. Tampoco cenaré...
—¿Tiene hambre? —sonrió él.
—La verdad, no. Lo que está pasando me ha quitado el apetito. Rasselar le entregó un bocadillo de jamón.
—Lo he preparado yo. Tome algún alimento: no puede ir por ahí con el estómago vado.
—Francis, ¿qué está sucediendo aquí? Presiento que pasan cosas horribles.
—Creo que Hustler ha sido asesinado. Ella bajó la cabeza.
—¿Cuándo acabará esto, Francis? —murmuró, afligida.
—Hoy, no le quepa la menor duda. Vamos, coma; quedarse en ayunas no ayudará a solucionar la situación.
Gwen hizo un esfuerzo. Rasselar le dio luego una taza de té. Cuando terminó, Gwen dijo que se sentía un poco mejor.
—¿Y ahora? —preguntó.
—Quiero enseñarle algo. Deseo que lo sepa, para saber si usted estaba al corriente, aunque me imagino que no. Después...
Rasselar agarró el brazo de la joven y la miró fijamente.
—Tendremos que marcharnos de aquí —añadió—. Nuestras vidas corren peligro. Wooley dijo que hoy, a la medianoche, se acababa todo. Imagino que querrán reunir el botín y marcharse muy lejos, tal vez al extranjero. Han pasado un año aquí y han matado a varias personas, todas ellas con maletines llenos de buenos billetes de Banco. La Policía tendrá que encargarse del resto.
—Muy bien, haré lo que usted me diga. Francis. En cuanto a su empleo... Rasselar sonrió.
—¡Bah, no se preocupe!
—Le compensaré por lo que pueda perder. Todavía tengo algún dinero en el Banco.
—Ya hablaremos de esto en mejor ocasión. ¡Vamos!
Con grandes precauciones, salieron del cobertizo y dieron la vuelta inmediatamente. Luego, Rasselar guió a la muchacha a través de la

espesura, en dirección a la pequeña colina que había encontrado dos días antes.
Se había preparado para la expedición y llevaba una potente linterna eléctrica. Un cuarto de hora más tarde, avistó la oscura silueta de la eminencia, aunque se dio cuenta de un detalle que le desconcertó durante unos segundos.
Pero lo advirtió cuando ya estaban casi en la cima.
—¡Vaya, creo que he equivocado el camino! —exclamó.
—¿No es por aquí? —preguntó ella.
Rasselar miró a todas partes. De pronto, señaló un punto determinado con la mano.
—Por ahí. Gwen.
Ella se dispuso a seguirle, pero, apenas había dado unos pasos, se detuvo bruscamente.
—Francis, huelo algo...
El joven se paró también. Aspiró el aire con fuerza y luego arrugó la nariz.
—Sí, huele y no precisamente a rosas. Pero no se preocupe; quizá hay por aquí una madriguera de zorras o algo por el estilo, y quedarán rastros de sus presas. Eso es lo que causa el hedor.
—Creo que tiene razón —convino ella.
Rasselar cogió su mano y continuaron avanzando. Pero apenas habían dado cuatro pasos, Gwen tropezó con algo y lanzó un grito. Por fortuna, Rasselar la tenía aún sujeta por la mano y evitó que cayera al suelo.
—Dispénseme. Francis; no vi el hoy...
Rasselar enfocó la linterna en aquel lugar.
—Debe de ser bastante hondo —opinó ella—. He metido la pierna hasta la rodilla. No sé cómo no me la he roto.
—Bueno, ya no tiene importancia. Como dije antes, una madriguera de zorros.
—¿Vertical, hacia abajo? —se asombró ella.
—La entrada, probablemente, si. Luego tomará dirección horizontal...
Gwen volvió a aspirar el aire.
—Es un olor insufrible —exclamó.
—Lo siento, pero pienso que debe ver algo importante —insistió él.
—No se preocupe por mí, Francis.
Momentos después descendían por el otro lado. Rasselar la guió a través de la espesura hasta el punto donde la loma tenía la ladera casi cortada a pico. Enfocó la linterna y alumbró así la puerta de madera.
—¿Qué es esto? —preguntó Gwen, vivamente sorprendida.
—¿Lo conocía usted?
—No cenia la menor idea, Francis.
—Aguarde un momento. Aún tiene que ver algo más asombroso.

Rasselar hizo girar la puerta de madera. Gwen lanzó un grito de asombro al ver el brillante metal de la otra puerta.
—Dios mío, nunca pude imaginarme... Francis, ¿qué hay ahí adentro?
—A mí también me gustarla saberlo —contestó el joven—. Sin embargo, supongo que esa puerta blindada sirve para guardar el botín que han conseguido Wooley y sus ángeles de las alas negras durante todos estos meses.
—Supone mal, amigo mío —sonó de pronto una voz irónica —. Al otro lado de la puerta de metal no hay un solo penique. Pero, de todos modos, muy pronto podrán satisfacer su curiosidad los dos y sabrán qué es lo que guarda la puerta blindada.

* * *

Gwen lanzó un gemido de horror al reconocer la voz de Wooley. El joven quiso volverse, pero un chorro de luz, mucho más potente que el de su propia linterna, le dio de lleno en el rostro, cegándolo por completo.
—No se mueva, F. X. —ordenó Wooley —. Tengo una pistola en la mano y. si intenta atacarme, le llenaré el cuerpo de plomo.
—Está bien —contestó Rasselar—. No haré nada. Pero, dígame, ¿qué intenciones tienen...?
—Quiero que se enteren de lo que hay en esa cueva. Entrarán en ella, pero no saldrán jamás. He tenido suerte al enterarme de sus movimientos. F. X., la curiosidad, a veces, puede resultar fatal.
Gwen dio un paso hacia adelante.
—Félix, ya no le temo a usted. Sé que me hizo objeto de una encerrona. Yo no maté a Benny Porter. Está vivo, en la cárcel, para muchos años...
Wooley levantó las cejas.
—¿Se lo ha dicho él?
Conocía a Benny —declaró el joven—. Tengo un amigo policía y me contó algunas de sus andanzas. Usted necesitaba la casa de Gwen para sus operaciones y por ello ideó la trampa, con la ayuda de Benny, para tenerla a ella sujeta. Naturalmente. no podía asesinarla, porque ello hubiera alterado sus planes. La necesitaba viva, a fin de que los viajeros que acudían al parador a realizar unos negocios nada honestos, no sospecharan nada.
—Sí, es cierto —admitió Wooley sin inmutarse—. Eran todos tipos sin escrúpulos; se dedicaban a oscuros negocios... ¿Por qué no iba yo a obtener un beneficio de sus trapicheos?
—Asesinó a todos los viajeros —exclamó la joven, horrorizada.
—Eran tipos designados a morir de mala manera algún día. Entonces, ¿por qué no aprovecharme de las ocasiones que ellos mismos me

brindaban?
—Los coches, en el fondo del lago. ¿Y los cadáveres?
—Muy pronto lo sabrán —sonrió Wooley.
Rasselar sintió un escalofrío. Ahora comprendía la utilidad de la puerta blindada.
—Sí —continuó el criminal—, aprovecharé también esta ocasión, aunque debo admitir que no fui yo el que construyó este escondite. Lo hizo cierta pandilla de contrabandistas, uno de los cuales era conocido mío y me contó la verdad, después de retirarse del negocio. Aquí escondían la mercancía entrada ilegalmente en el país... pero ¿por qué continuar? Lo mejor será acabar cuanto antes.
—Félix, mi abogado tiene orden de permitir que se ejecute la hipoteca que pesa sobre la casa —dijo Gwen—. Ya no podrán continuar con sus crímenes, se lo aseguro.
—No importa. De todos modos, pensamos marcharnos hoy mismo. Pero... yo intercepté la carta... Bueno, lo hizo Nora Quegg...
—Envié otra y Nora no pudo interceptarla esta vez —declaró la joven.
—He tenido una buena idea al dar por terminado el negocio hoy mismo —dijo Wooley—. Cuando nos marchemos de aquí, no quedará rastro de la casa... ni de ustedes dos. ¡Jenny, abre la puerta!
—Sí, Félix.
La rubia avanzó unos pasos. Rasselar pudo captar la silueta de Rebecca, al otro lado del foco que apenas si le permetía ver.
Wooley emitió una sonrisa infernal.
—Entrarán ahí... y si tienen hambre, no se preocupen; lo que sobra es carne —dijo sádicamente.
La puerta se abrió y un espantoso hedor brotó del hueco. Rasselar supo ahora, con absoluta certeza, el destino que Wooley había dado a la cueva de los contrabandistas.
—Entren —ordenó Wooley.
Rasselar agarró el brazo de la muchacha. Wooley añadió:
—Les permito quedarse la linterna. Cuando las pilas se agoten... Bueno, imagínenselo —dijo riendo como un poseso.
El joven tiró de Gwen. Pasó por delante de la rubia y la miró un instante. Jenny se encogió de hombros.
—Mi pellejo está en juego —dijo ella.
Rasselar y la muchacha cruzaron el umbral. Un segundo después, la puerta blindada se cerró con sordo estruendo.

CAPÍTULO XII

El hedor era insoportable. Incluso Rasselar sintió un poco de mareo, pero consiguió recobrarse muy pronto.

A su lado, Gwen sollozaba quedamente.

—Oh, Francis... moriremos de hambre y sed...

En silencio, Rasselar enfocó el haz de rayos de su linterna hacia el interior de la cueva. Se estremeció al ver la hilera de cuerpos tendidos en el suelo.

Algunos de ellos aparecían irreconocibles. Era evidente que llevaban mucho tiempo allí. Otros parecían mucho más recientes.

De pronto, vio un rostro conocido.

—¡Es Nita! —exclamó.

Gwen se tambaleó, con las manos en la cara.

—No lo resistiré...

—Si tuviera tabaco... Pero no fumaba por ahorrar y el olor del tabaco nos aliviarla algo...

De pronto, Gwen metió una mano en el bolsillo del chaquetón que se había puesto para la excursión nocturna.

—¡Yo tengo cigarrillos, Francis! —exclamó.

—Estupendo —dijo él.

—Pero sólo tengo un paquete. Cuando se nos acabe...

Rasselar no contestó. Ella se dio cuenta de que estaba en el extremo de la hilera de cadáveres, hacia el interior de la cueva, examinando uno de ellos con la linterna. Incluso se había inclinado hacia aquellos horribles restos, en los que apenas se reconocía ya la figura humana.

Terriblemente nerviosa, encendió dos cigarrillos y le entregó uno. Rasselar lo agradeció con un leve movimiento de cabeza. El humo del tabaco atenuó en parte el espantoso hedor que llenaba la atmósfera de la cueva.

De pronto, Rasselar se volvió hacia ella.

—¿Tienes fósforos?

—Claro...

—Dame uno, por favor.

Ella le entregó la caja. Rasselar avanzó unos pasos más hacia el fondo, encendió un fósforo y lo levantó hacia arriba.

La llama osciló de pronto. Rasselar lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Gwen, no era una madriguera de zorras!

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Perdona el ataque a tu estómago..., pero algunas alimañas han estado entrando y saliendo de aquí, para alimentarse de la carne de los cadáveres. Por eso metiste la pierna en un hueco que se comunica con la cueva.

Encendió otro fósforo. La llama osciló también.

—May corriente de aire, lo que significa una comunicación con el exterior añadió—. Nos costará un poco ensanchar el agujero, pero lo conseguiremos.
—¿Sin herramientas?
—Con uñas y dientes, si es preciso —contestó él resueltamente.
El túnel se hallaba al final de la cueva y allí la pared tenía cierta inclinación, lo que había facilitado la entrada y salida de alimañas. Rasselar miró a su alrededor y, al fin, venciendo sus escrúpulos, se acercó a uno de los cadáveres y le despojó del cinturón, provisto de una ancha hebilla de metal.
Entregó la linterna a la muchacha. Gwen la enfocó hacia el agujero. Rasselar agitó la hebilla.
—Es todo, pero será suficiente —dijo, resuelto.
La capa de tierra era blanda y no había estratos rocosos. A los pocos momentos, Gwen se cambió de postura, para alumbrarle mejor, y pisó algo que la hizo vacilar.
Bajó la vista instintivamente. Un grito de alegría escapó de sus labios.
—¡Francis, mira!
Rasselar se volvió. Sonrió al ver el pico que ella le entregaba. Faltaba la mitad del mango, pero no le importó.
—Seguramente, lo dejaron aquí los que cavaron el escondite — dijo.
De pronto, Gwen se echó a reír.
—Francis, no sé lo que me pasa, pero me siento mucho mejor.
—Sí. Oye, con ésta ya son tres veces las que me salvas la vida. En el río, luego con la película y ahora en esta cueva...
—Sí, pero comprenderás que no puedo pasarme la existencia salvándote continuamente —contestó Rasselar de buen humor.
—Ya no será necesario —aseguró ella—. Pero ¿qué hacemos después, cuando hayamos salido de aquí?
—Volveremos a la casa. Espero llegar a tiempo de encontrar un coche y escapar antes de que se den cuenta.
—Lo conseguiremos —dijo Gwen, optimista—. Francis, ¿por qué dejar aquí los cuerpos de las víctimas, en lugar de arrojarlos al lago?
—El lago no es demasiado profundo. Un coche no subirá jamás a la superficie, cosa que no se puede decir de un cuerpo humano. Aunque lanzaran los cadáveres con un lastre, como es lógico, algún día podría producirse un fallo y... ¿comprendes?
—El fallo se ha producido ahora, al no darse cuenta de que había una vía de escape.
—Es posible que no existiera en un principio, aunque sí algún pequeño túnel hecho por topos o roedores de pequeñas dimensiones. Pero si el olor salió fuera, como es de suponer, alguna alimaña grande, una zorra, por ejemplo, empezó a escarbar y... Bueno, el resto se entiende fácilmente.

De repente, un alud de tierra cayó sobre el joven, derribándolo al suelo. Gwen lanzó un grito y corrió en su ayuda.
—¡Francis! ¿Estás bien?
Rasselar se sentó en el suelo, sacudiéndose maquinalmente la tierra que le había caído encima. Luego miró hacia arriba y lanzó una sonora carcajada.
—Estoy viendo la luna —dijo.
Gwen miró también hacia arriba. El derrumbamiento, causado por un suelo poco consistente, había provocado un túnel de la anchura suficiente para poder salir sin problemas. Suspiró, aliviada.
—Esto es lo que se dice vulgarmente salvar el pellejo, Francis —dijo, sin poder contenerse.

* * *

Nora Quegg llegó a la casa y vio inmediatamente los preparativos de la marcha. Encima de una mesa, en el salón principal, divisó una especie de maleta negra, sin relieves ni adornos de ninguna clase, pero no le prestó la menor atención.
Wooley llegó, cargado con dos pesadas maletas.
—Nos largamos, Nora —dijo.
—Las cosas se han puesto feas —contestó ella.
—Sí. Tú puedes continuar un tiempo en el pueblo. Luego liquidas el negocio y vienes a reunirte con nosotros.
—De acuerdo, pero antes me darás algo a cuenta, supongo.
—¿No te fías de mí?
—Soy precavida, Félix.
—Nunca te he engañado.
—Nunca hiciste lo que has hecho durante el año pasado. Esta vez, las cosas son distintas. Podrían sospechar algo de mí y apretarme las clavijas.
—La policía no...
—No hablo de la policía, sino de otros tipos que no tendrían escrúpulos en arrancarme la piel a tiras, para saber tu paradero. Southport, por ejemplo... Vino buscando a Dahlgren y no quedó muy satisfecho con tus explicaciones. Si huelo que me buscan aquí, quiero tener algo para salir disparada, sin preocuparme de vender la tienda.
—Está bien —rezongó Wooley.
Puso una maleta encima de la mesa y la abrió. Nora sintió que se quedaba sin respiración al ver aquella impresionante colección de fajos de billetes.
—¡Dios mío, qué espectáculo tan maravilloso! —exclamó, sin poder contenerse. Jenny y Rebecca llegaron en aquel momento. En voz baja. Jenny dijo:

—Luego repartiremos las piedras de Nita. Las tengo yo.
—O. K. —contestó la pelirroja.
Entraron en el salón. Rebecca alzó las cejas al ver la maleta abierta.
—¿Qué pasa aquí? —preguntó.
—Nada —contestó Wooley—. Nora quiere algo de dinero. Ella se queda en el pueblo una temporada. Más adelante, se reunirá con nosotros.
—Muy bien, pero despacha pronto.
—Cállate —rezongó el sujeto—. Yo sé muy bien lo que tengo que hacer.
—Félix, ¿qué ha sido de los otros dos? —preguntó Nora.
—Los hemos enterrado, no te preocupes por ellos.
—Vivos —añadió Jenny perversamente. Nora se estremeció.
—No me gustarla estar en su pellejo —murmuró. De pronto, puso una mano en la caja negra—. Félix, ¿qué es esto?
—¡No lo toques! —chilló Wooley.
—Bueno, hombre, no te enfades... Sólo te hice una pregunta...
—Es la caja de control de la dinamita.
—¿Cómo?
—He minado la casa. Hay explosivos por todas partes, al pie de las paredes. La caja tiene un temporizador, para provocar la ignición exactamente a la medianoche. Pero nosotros ya estaremos muy lejos y tú, por supuesto, en el pueblo.
—No está mal pensado. Esta casa, tan vieja, se vendrá abajo en un santiamén.
—Y no encontrarán el menor rastro que pueda comprometernos —dijo Wooley, satisfecho—. Bueno, encanto, ahí tienes tu parte.
Nora contempló con ojos incrédulos el fajo de billetes que le tendía Wooley.
—Félix, esto no me gusta —dijo.
—¿Qué has dicho?
—Me das una miseria y ahí, en esas dos maletas, tienes lo menos trescientas mil libras esterlinas. Quizá medio millón... y ¿crees que me voy a conformar con diez o quince mil? ¡Mi parte es mucho mayor, Félix!
—Ya lo sé, pero acordamos que te darla luego...
—Sí, pero más, no una miseria. Al menos, quiero cincuenta mil.
—¡Nora!
De pronto, la mujer dio un paso atrás. Jenny lanzó un chillido al ver una pistola en su mano.
—Deja ese chisme —rezongó Wooley—. Nora, hicimos un acuerdo...
—El negocio se ha acabado ya. Quizá no vuelva a verte más.
Wooley apretó los labios. Luego, de pronto, avanzó hacia la mujer y trató de desviar el arma, dándole un manotazo.

La pistola se disparó inesperadamente y el proyectil fue a dar en la caja de control. Wooley lo vio durante una fracción de segundo y empezó a abrir la boca, pero no tuvo tiempo de lanzar un grito siquiera.

* * *

Llegaron corriendo a las inmediaciones de la casa, cubiertos de sudor y sucios de tierra húmeda y fangosa, pero alegres por sentirse vivos. Sin pérdida de tiempo. Rasselar condujo a la muchacha al garaje.

—Usaremos el teléfono de la taberna —dijo, cuando abría la puerta del garaje con grandes precauciones —. La chica que la atiende es amiga mía.

—Es muy atractiva —sonrió Gwen.

—¿La conoces?

—He hablado con ella un par de veces...

—Somos sólo buenos amigos. —Rasselar se dijo que no era necesario mencionar detalles escabrosos. Ya no vería más a Ginny, pensó.

Terminó de abrir y se acercó a uno de los coches. Dentro de la casa sonaron repentinamente voces destempladas.

Bruscamente, se oyó una detonación. En el mismo instante, empezaron a producirse una serie de explosiones ensordecedoras.

El suelo tembló, como agitado por una sacudida sísmica. Rasselar y la muchacha, estupefactos, contemplaron un espectáculo inusitado.

Chorros de fuego y humo brotaron de todas partes, en la base de los muros. Rasselar adivinó en una fracción de segundo el uso a que estaba destinada la dinamita.

La casa vibró terriblemente. Sus contornos se hicieron confusos durante unas segundos, como las varillas de un diapasón golpeado con cierta violencia. Luego, casi de golpe, el edificio se hundió, derrumbándose sobre sí mismo, con un estruendo comparable al de cien piezas de artillería disparando al mismo tiempo.

Una enorme nube de polvo y humo se elevó a las alturas. Cuando se disipó, mucho más tarde, la casa no era sino un colosal montón de escombros.

—Si había alguien en su interior, no ha podido sobrevivir

—dijo Rasselar cuando, al fin, pudo recobrar el habla.

* * *

Llamó a la puerta y Gwen abrió. Rasselar entró en el cuarto que ella ocupaba en la posada de Bathermane.

—Todos muertos —dijo él.

Gwen tenía la tetera al fuego de un hornillo portátil y le entregó una

taza humeante.
—¿Se sabe qué sucedió?
—Wooley había minado la casa, para destruirla cuando estuviera lejos. Parece ser que discutieron por el botín. El disparo que escuchamos debió de ser hecho por algún disconforme y la bala dio en el mecanismo de Ignición, disparándolo antes de la hora marcada. La medianoche, tal como él había previsto.
—Así que murieron todos...
—No hubo Sansón, pero el templo se les derrumbó encima. Han encontrado un enorme botín, más de cuatrocientas mil libras.
—Fue un negocio productivo —comentó ella.
Ruinoso, es la palabra exacta —puntualizó Rasselar.
—En fin, todo se ha acabado ya... y mi pesadilla se ha disipado también Francis,
¿cuáles son tus proyectos?
Buscar un empleo, naturalmente. Apenas pude cobrar un par de salarios...
—Tú necesitabas el dinero para algo. Aún no me lo has dicho.
—Pasé una época de crisis. Debo terminar la carrera, para obtener el título de ingeniero, pero necesito algo más de mil libras, a fin de poder estudiar sin el problema de buscar comida y alojamiento.
Gwen sonrió y le puso una mano en el hombro.
—Te dije que no me quedaba mucho dinero, pero si el suficiente para ayudarte. Acepta mi ayuda, Francis.
—Pero un día te devolveré el dinero...
—Ya hablaremos cuando tengas el titulo. Oye, tus estudios, ¿te ocuparán mucho tiempo?
—Bastante, puedes imaginarte.
—¿No te quedará tiempo para verme... algún fin de semana, por ejemplo?
—¿Quieres que vaya a verte, Gwen?
—Me gustaría. Además... creo que te necesito también a ti.
—¿Hablas en serio? Ella le abrazó.
—Tienes que ayudarme a olvidar —dijo apasionadamente — . Tú sabes todo lo ocurrido y podrás conseguirlo mejor que ningún otro.
Rasselar acarició suavemente los cabellos de la muchacha.
—Gwen, ¿puedo decirte una cosa?
—Claro. Habla, no tengas miedo.
—Creo que... se puede seguir estudiando... aunque uno esté casado... A fin de cuentas, no he de estar todo el día con los codos sobre la mesa... Si me aceptas...
Ella sonrió dulcemente.
—Es la mejor solución, querido —respondió.

FIN